8032

ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMÁTICA.

OTELO,

EL MORO DE VENECIA,

DRAMA TRÁGICO EN CUATRO ACTOS, EN VERSO,

Escrito con presencia de la obra de

W. SHAKSPEARE,

POR

DON FRANCISCO LUIS DE RETES.

SEGUNDA EDICION.

MADRID.
SEVILLA, 14, PRINCIPAL.
1879.

ADICION AL CATALOGO DE 30 DE ABRIL DE 1878.

		TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Parte que corresponde á la Galería.
		COMEDIAS Y DRAMAS.			
14	11	Acompaño á usted en el sentimiento	1	D. Ricardo de la Vega..	Todo.
2	3	Afinador y mártir—j. o. p.	1	Luis Taboada	»
»	»	Arte y corazon—d. o. p.	1	Sres. Fuentes y Arjona..	»
3	2	Caer en la trampa—c. o. p.	1	D. Eduardo S. Castilla..	»
4	1	Casí siempre—d. o. v.	1	Salvador Carrera	»
3	2	Corbata roja	1	Manuel Nogueras	»
3	2	Coser y cantar—c. o. v.	1	Mariano Pina	»
3	1	Cortarse la coleta	1	E. Segov. Rocaberti.	»
3	2	Cuestion de conciencia-c. o. v.	1	José Trinchant	»
3	1	Dimes y diretes—j. a. v.	1	M. Pina Dominguez.	»
2	2	El hombre perro	1	J. G. de Lima	»
2	1	El marido y la mujer—j. o. p.	1	D.ª Camila Calderon	»
»	»	El nono no desear	1	D. José Barreda	»
3	3	El premio del Pardo—j. o. p..	1	Ruigomez y Comenge	»
5	2	El otro yo—j. o. p.	1	José Estremera	»
»	»	El violin de Cremona	1	Sres. Retes y Echevarría	»
»	»	Esto, lo otro y lo de más allá.	1	Ramos y P. Doming..	»
3	2	Entre dos fuegos	1	D. Gerardo Velez	»
3	1	Específico moral—c. o. v.	1	Eusebio Sierra	»
»	»	Exposicion de tipos—j. o. v..	1	Adelardo de la Calle.	»
»	»	La conquista de un papá	1	Javier de Búrgos	»
3	1	La docena del fraile	1	A. Manuel Florveles.	»
1	2	La horma de su zapato-p. o. p.	1	M. Barranco	»
1	2	La vendetta—j. a. v.	1	José Estremera	»
2	2	La viuda y la niña—j. o. p.	1	D.ª Camila Calderon	»
3	2	Los dos polos—j. o. v.	1	Sres. Gorriz y Navarro..	Mitad.
2	1	Lola y Pepito—j. o. p.	1	D. C. C. de Altimiras...	Todo.
3	1	Las tres palmatorias—c. a. p..	1	José de Fuentes	»
3	1	Los amigos de Benito—j. o. p.	1	Sres. Sierra y S. Ramon.	»
4	1	Los matrimonios del dia-j. o. p	1	D. Eugenio Picazo	»
2	3	Mi socio y yo	1	Ramon Ladislao	»
»	»	Ni visto, ni oido—j. o. v.	1	José Estremera	»
5	1	Nobleza y villanía—d. o. v.	1	V. M. de la Tejera	»
1	»	Nudos y nuditos, *monólogo*...	1	N. N.	»
3	2	Patria.—d. o. v.	1	Vicente de la Cruz...	»
5	»	Paz octaviana	1	Manuel Nogueras	»
4	1	Perez y Quiñones—c. o. p.	1	Vital Aza	»
7	2	Reclamaciones y bombos-s. o. v	1	Manuel Matoses	»
1	2	¡Que viene mi mujer!—j. a. p.	1	F. Oconell	»
3	2	¿Quién es Calleja?—j. o. v.	1	Sres. Vidal y Caballero..	»
3	»	Sobre la marcha	1	D. Pelayo del Castillo...	»
4	3	Un encuentro inesperado	1	Ricardo Caballero...	»
»	»	Un juicio de exenciones, *sainete*	1	Tomás Luceño	»
3	2	Un novio con patatas	1	Eduardo Palacio	»
4	2	Un nudo morrocotudo, *parodia*	1	Luis Cuenca	»
3	1	Vencer por sorpresa—c. o. v..	1	Eusebio Sierra	»
4	2	Vestirse de ajeno—j. o. p.	1	Eusebio Sierra	»
7	5	Voz del pueblo, *parodia*	1	Fuentes y Solsona...	»
5	3	Con buen fin—c. o. v.	2	Gorriz y Navarro...	Mitad.

OTELO,

EL MORO DE VENECIA.

OTELO,

EL MORO DE VENECIA,

DRAMA TRÁGICO EN CUATRO ACTOS, EN VERSO,

escrito con presencia de la obra de

W. SHAKSPEARE,

POR

DON FRANCISCO LUIS DE RETES.

Estrenado en el teatro principal de Barcelona, á beneficio del primer actor y director D. Pedro Delgado, el 18 de Enero de 1868, y representado por primera vez en Madrid en el teatro de Variedades el 14 de Octubre siguiente.

SEGUNDA EDICION.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1879.

PERSONAJES.	ACTORES.	
	MADRID.	BARCELONA.
DESDÉMONA...	D.ª María Rodriguez.	D.ª María Ortiz.
EMILIA........	D.ª Amelia Chaman.	
OTELO.........	D. Pedro Delgado.	
IAGO...........	D. José Izquierdo....	D. Vicente Jordan.
BRABANCIO....	D. Rafael Jover......	D. Miguel Cepillo.
MIGUEL CASIO.	D. Enrique Jáuregui.	D. José Cruz.
RODRIGO......	D. Ángel Medel.....	D. Francisco Domingo.
EL DUX........	D. Nicolás Pasca....	D. José Morel.
LUDOVICO.....	D. Luis Torres.	

Senadores, magistrados, nobles, acompañamiento.

La accion pasa en el primer acto en Venecia; en los restantes en la isla de Chipre.—Año 1575.

Esta obra es propiedad de D. EDUARDO HIDALGO, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados representantes de la Administracion Lírico-Dramática de D. EDUARDO HIDALGO, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

A DON PEDRO DELGADO.

Una singular coincidencia ha dado ocasion á que yo escriba este drama: en un mismo dia y sin prévio acuerdo el eminente actor que lloramos perdido, Don José García Luna, y el esclarecido autor D. Juan Eugenio Hartzenbusch, me aconsejaron que escribiera un *Otelo*, tomando por base el de Shakspeare. Consideré la empresa superior á mis facultades, temí, dudé, vacilé; pero al fin triunfó el deseo de trasladar á nuestro privilegiado idioma, la inmensa poesía que brota á raudales de la magnífica concepcion del gran poeta inglés. ¿He acertado? Casi es seguro que no, ¿pero tenía la escena española ántes de publicarse este drama un conocimiento, ni aun aproximado, de aquella sublime creacion? ¿Logró Ducis dejar una sombra de ella? ¿Qué hubiera sido del trabajo de Lacalle sin el portentoso talento de Maiquez?

Creo por lo tanto que dentro de las exigencias de nuestro teatro, el drama que hoy se publica responde más que las obras anteriores al pensamiento de su autor.

Y ya que he procurado justificarme de la audacia que he tenido al reducir á nuestra escena una obra inmortal, quiero manifestar públicamente el agradecimiento que siente mi alma, á los que como el señor Hartzenbusch me han alentado y guiado con sus buenos consejos, y finalmente, á tí, que has sabido interpretar de tan admirable modo aquel inmenso cariño, aquel violento frenesí, aquella alma noble y religiosa,

674436

que si asesina es porque cree que se lo mandan su deber y su honor.

Acepta, pues, este trabajo con la sincera adhesion del que te lo dedica, y añadan los triunfos de Madrid una nueva hoja á la corona que dió á tu talento artístico el entusiasmo del pueblo de Barcelona.

Tu amigo de corazon,

Francisco Luis de Retes.

Madrid 14 de Octubre de 1868.

ACTO PRIMERO.

Plaza en Venecia: al fondo puente sobre el canal: detrás el palacio del Dux: á la izquierda, el del senador Brabancio. Es de noche. Las ventanas del palacio del Dux están iluminadas por dentro.

ESCENA PRIMERA.

RODRIGO, IAGO.

Aparecen en escena embozados en capas venecianas.

ROD. Digo que obrásteis muy mal,
Iago!
IAGO. ¡Pero ved, Rodrigo!...
ROD. Siendo yo tan vuestro amigo,
por qué ocultármelo!
IAGO. ¡Hay tal!
ROD. Me dijísteis ha un momento
la ocasion, la empresa, el modo;
eso prueba que de todo
tuvísteis conocimiento.
Me ocultásteis su pasion,
mientras yo, por vida mia,
francos para vos tenía
mi bolsa y mi corazon.
Tal modo de proceder

disculpa no puede hallar.
IAGO. Si no me dejais hablar
mal me podreis entender.
Noticias hasta hoy no tuve
de su amor y su proyecto;
ved, Rodrigo, si en efecto
con vos mal amigo anduve.
ROD. ¿No le aborreceis?
IAGO. ¡Por Dios!
ROD. Eso de vos he creido.
IAGO. Razon harta habeis tenido.
ROD. Le aborreceis?
IAGO. Más que vos.
Es mi amistad fingimiento;
ladron fué de mi decoro,
por eso profeso al Moro
tenaz aborrecimiento.
Yo no sé si está agraviada
mi honra, mas la sospecha
llevo como aguda flecha
en mi corazon clavada.
ROD. ¡Que vuestra esposa os vendió?
IAGO. Eso pienso.
ROD. Mas...
IAGO. Rodrigo,
lo mismo piensa conmigo
Venecia.
ROD. No basta.
IAGO. No?
fácil sois de contentar:
¿no llegais á comprender
que honra jamás puede haber
donde no la quieren dar?
ROD. Pero sin pruebas seguras,
sin una prenda; un testigo...
IAGO. Muy poco vale, Rodrigo,
honor que anda en conjeturas.
ROD. ¡Infundado es vuestro afan!
IAGO. No por eso le aborresco
solamente. ¿No merezco
la banda de capitan?
ROD. Digno sois de tal honor,

que muy pocos á mi ver
como vos han de tener
la pericia y el valor.

IAGO. Él así no lo ha creido;
ese moro renegado
mis servicios ha olvidado,
y en mi lugar ha elegido
por su teórica ciencia
á un Casio, jóven guerrero
que sólo cursó el acero
en las aulas de Florencia.
Yo no; en sus campañas todas
como bueno le serví,
yo á su lado combatí
en Malta, en Chipre y en Rodas.
Yo con él seguí el azar
sanguinario de la guerra,
ya sobre la haz de la tierra,
ya por las ondas del mar.
Los dos contra los infieles
con fortuna combatimos,
los dos la frente ceñimos
con los bélicos laureles.
¡Ah! por eso tanto aprecia
su bandera victoriosa
la magnífica y gloriosa
república de Venecia.

ROD. ¡Y es cierto! ¡por vida mia!
que la banda os niega hoy?

IAGO. Sí; tan sólo alférez soy
de la mora señoría.
Juzgad vos por lo que os digo
si debo estar descontento,
y si mi aborrecimiento
es fundado ó no, Rodrigo.

ROD. Yo... le abandonára.

IAGO. Sí;
pero no ha llegado el dia.

ROD. Cómo?

IAGO. Quiero todavía
servirle....

ROD. ¿Por qué?

IAGO. Por mí.
Ninguno escoge su cuna,
pero el alto y el pequeño,
si tiene valor, es dueño
de esclavizar la fortuna.
Hay siervo imbécil que gime,
y aun cuando su sangre brota,
besa el cordel que le azota
y la argolla que le oprime.
Y amortiguado su aliento,
agradece en su abyeccion
la cercenada racion
que le sirve de sustento.
Esos cuya dura pena
sólo aflige á sus sentidos,
esos... tienen merecidos
el látigo y la cadena.
Pero otros con sangre fria
devoran su humillacion;
en apariencia esos son
más humildes todavía.
Pero oculta esa apariencia
un rencor que lucha y mata,
y á su señor arrebata
el poder y la existencia.
Lentas y tortuosas minas
socaban bajo sus piés...
para elevarse despues
triunfantes sobre las ruinas.
El mundo que los zahirió
del triunfo les da la palma;
esos siervos tienen alma...
y de esos siervos, soy yo.

ROD. ¡Desdémona!

IAGO. Se ha prendado
de su tosca y negra tez.

ROD. ¿Será posible?

IAGO. Pardiez!
su mente se ha trastornado.
En tanto de vuestro amor
burlada fué la esperanza:
¿por qué no tomais venganza

de ese odioso seductor?
Mirad, la noche es sombría.
ocasion hay.

ROD. Es verdad;
¿qué he de hacer?

IAGO. Envenenad
su ventura y su alegría;
despierte el buen senador
que yace del sueño en brazos,
y recoja los pedazos
que aún le restan de su honor.

ROD. No estará.

IAGO. No sé por qué.

ROD. El Dux por asunto grave
llamó á consejo.

IAGO. ¿Quién sabe
si estará.—Llamad.

ROD. Lo haré.

(Se dirige á la puerta del palacio de Brabancio y llama.)

Vivid alerta!—Mirad
que vuestro rico tesoro
os roban; que afrenta el Moro
vuestra noble ancianidad.

ESCENA II.

LOS MISMOS, BRABANCIO, dos criados por el puente.

BRAB. ¿Qué es esto? ¿qué es lo que pasa?
¿por qué ese extraño rumor?

ROD. En dónde teneis, señor,
á vuestra hija?

BRAB. En mi casa!

IAGO. Ved si las puertas seguras
están.

ROD. Y el balcon cerrado.

IAGO. Mirad si os han arrancado
cerrojos y cerraduras.

BRAB. Pero qué...

ROD. Yo ví al galan.

BRAB. (Ap.) (El rubor al rostro asoma!)

Rod. Mirad que está la paloma
presa por el gavilan.

Brab. ¡Insolentes!

Rod. Sobre mí
tomo, señor, la insolencia,
si vuestra magnificencia
encuentra á su hija.

Brab. (Llamando.) ¡Aquí!
pronto! luces!

Iago. Registrad
la casa; no la hallareis,
y pronto os convencereis
de la terrible verdad.

Brab. Del infierno mensajero
eres.

Iago. No me santifico;
perdeis tiempo!

Brab. (Entrándose.) Ludovico!
Lorenzo! Antonio! Rugiero!

ESCENA III.

IAGO, RODRIGO.

Iago. Adios, Rodrigo; no creo
conveniente que me halle
el Moro aquí; yo vendré
con él, la razon á darle;
dádsela á Brabancio vos.

Rod. Mas ved...

Iago. Aún debo mostrarme
sú amigo, aunque el pecho abrigue
resentimientos mortales.
Cuando vuelva el senador
procurad encaminarle
á donde están.

Rod. Lo haré así.

Iago. Adios, Rodrigo.

Rod. Él os guarde.

(Váse Iago por la derecha.)

ESCENA IV.

RODRIGO, BRABANCIO, CRIADOS con antorchas.

ROD. ¡Buena comision por Cristo!
¡él es!
BRAB. (Saliendo del palacio.)
¡Los cielos me amparen!
¡Oh, deshonrada vejez!
(Á Rodrigo.)
¡Ah, Rodrigo, perdonadme!—
Padre infeliz...—¿Se han casado?
¿Estais cierto?
ROD. Sí.
BRAB. ¡Oh, mudable
fortuna! ¡De qué manera
has cedido, mujer frágil!
¿De qué filtro envenenado
se habrá valido el infame
para vencer de ese modo
tu corazon indomable?
Rodrigo!—¡Cuán necio fuí
cuando os negué... Mas quién sabe
donde están? (Á Rodrigo.) ¿Lo sabeis vos?
ROD. Lo sé.
BRAB. Al momento!... llevadme!...
ROD. Es poderoso...
BRAB. Yo más.
ROD. Ved no sufrais un desaire
en el Senado.
BRAB. Su crímen
es, Rodrigo, indisculpable,
nadie le defenderá.
ROD. Sed precavido no obstante.
BRAB. La tardanza me impacienta:
vamos, pues.
ROD. Venid.
BRAB. Guiadme.
(Vánse por la derecha.)

ESCENA V.

OTELO, IAGO, CRIADOS por el puente.

IAGO. Señor, siempre ví á mis plantas,
en el ardor del combate,
á todos los que intentaron
probar mi valor audaces.

OTELO. Bien lo sé.

IAGO. Pero no es propio,
general, de mi carácter,
clavar mi acero en un hombre
indefenso, anciano y padre.

OTELO. Bien hiciste.

IAGO. Sin embargo,
sus injurias fueron tales,
que á duras penas contuve
mi impaciencia al escucharle.
¿Cómo se atreve, decía,
un mauritano salvaje,
que abortó la Libia ardiente
de sus yermos arenales,
á unir con mi noble alcurnia
su condicion miserable?
Ved bien lo que haceis, señor,
si con los lazos nupciales
vuestro amor legitimado
no está, no perdais instante,
mirad que son en Venecia
las leyes inexorables.
Brabancio tiene poder
en el consejo; leales
deudos en los senadores;
el Dux le aprecia, y es fácil
que para siempre os arruinen
sus propósitos tenaces.

OTELO. No es posible, Iago, son
inútiles sus afanes.
¿Cómo se podrá olvidar
la gloria que en los combates
coronó mi frente? ¿Cómo

Venecia podrá olvidarse
de Malta, de Chipre y Rodas,
y del acero triunfante
que dió á la noble república
sus laureles inmortales?
Más alto hablarán mis hechos
por las tierras y los mares,
que una voz caduca y débil
que contra mí puede alzarse.
Y si el brillo de la cuna,
si el esplendor del linaje
aún tienen eco, daré
á sus locas vanidades
satisfaccion tan cumplida
que no puedan replicarme.
Meciόse mi noble cuna
en soberanos alcázares,
y de monarcas de Oriente
corre en mis venas la sangre.
Bien puedo amar á la hija
de un senador, sin que nadie
tenga, por noble que sea,
de mi amor que avergonzarse.
Que si son altos mis hechos,
si son mis proezas grandes,
mis hechos y mis proezas
á mi cuna son iguales.
Alguno se acerca. Iago,
mira quién es..

IAGO. Es su padre,
retiraos.

OTELO. No le cuadra
ni á mi honra ni á mi clase
el huir á su presencia.
Si es él, cúmpleme aguardarle.

ESCENA VI.

LOS MISMOS, CASIO, OFICIALES por el puente.

IAGO. ¡Por Jano! [1] me equivoqué,
es Casio.
OTELO. ¿Aquí qué le trae?
IAGO. Lo ignoro.
CASIO. (Llegando.) Mi general...
OTELO. Casio...
CASIO. Las albricias dadme.
OTELO. ¡Albricias!
CASIO. Dux y Senado,
magistrados, jueces, pajes,
hombres de armas y escuderos,
ostentando el estandarte
de San Marcos, en lujosa
comitiva á este paraje
se encaminan.
OTELO. ¿Con qué objeto?
CASIO. Por honraros.
OTELO. ¿Por honrarme?
¿qué causa?...
CASIO. Se han recibido
despachos muy importantes
de Chipre; la media luna
altiva vuelve á ostentarse;
contra Chipre cien galeras
el turco lanza á los mares.
Vos, señor, sois el más bravo
de todos los generales
de Venecia, y la república,
que fia en vos y no en balde,
os quiere honrar de ese modo,
como nunca se honró á nadie.
OTELO. Yo bendigo á la fortuna
que en tan supremos instantes
obligaciones me impone

---

1 By Janus I think no.

para mí tan agradables.
Pero consentir no puedo
que de tal modo me ensalce,
y en vez de aguardar, yo mismo
partiré... voy á buscarles...
Vamos.

IAGO. Esperad, señor,
que llega por esta parte
gente con armas y antorchas:
mirad.

OTELO. ¿Si será su padre?

ESCENA VII.

LOS MISMOS, BRABANCIO, RODRIGO, gente armada, criados con antorchas por la derecha.

IAGO. El padre es este, señor.

OTELO. (Adelantándose.)
Deteneos.

ROD. (Á Brabancio.) Vedle allí,
Brabancio, ved al raptor.

BRAB. ¡Ah!
(Á los criados.)
Prended á ese traidor!

IAGO. (Desenvainando.)
Rodrigo! de vos á mí!

OTELO. ¿Por qué razon, caballeros,
venis con fieras miradas
y en las manos los aceros?
responded!

BRAB. Para prenderos!

OTELO. Envainad esas espadas!
(Á Rodrigo.)
Es de noche y hace frío,
envainadla, señor mio;
vais á empañar la tersura
de esa hoja tan limpia y pura
con la humedad del rocío!

ROD. ¡Ah!

OTELO. (Á Brabancio.) Y vos los insultos fieros,
las imprecaciones vanas;

contened, que á obedeceros
más me obligan vuestras canas
que esos desnudos aceros.

BRAB. ¿Y mi hija?

OTELO. Ved, señor!...

BRAB. ¿Y mi hija? ¡La has robado!
¿Con qué veneno traidor
su pensamiento has turbado,
¡miserable seductor!
¿Cómo la altiva belleza
de Desdémona podría
dar en tamaña flaqueza
á no turbar su cabeza
filtro vil ó magia impía?
¿Cómo el brillante crisol
de su sin par hermosura
mancha su limpio arrebol?
¿quién vió la lumbre del sol
unirse á la noche oscura?
Tú eres autor de sus males,
en tus redes infernales
presa fué su juventud,
con sortilegios mortales
profanaste su virtud!
¡Vive Dios!

OTELO. Tened la mano.
Mi honor he visto ofendido
por primera vez en vano,
si tanto os he consentido
es que sois padre y anciano.

BRAB. ¡Por Cristo!

OTELO. Advertiros quiero
que no hay en el mundo entero
quien me afrente, vive Dios!
mas sois su padre, y con vos
no tiene punta mi acero.
Si os creísteis agraviado
error disculpable fué,
que el amor os ha cegado;
mas ved qué sólo daré
cuentas al Dux y al Senado.
No al que las viene á pedir

como vos.

BRAB. ¿Las vais á dar?
maniatado habeis de ir.

OTELO. Ni vos lo habeis de intentar,
ni yo lo he de consentir.

BRAB. Las ofensas á mi honor
yo las vengo solo.
(Á su acompañamiento.) ¡Sus,
amigos! á ese traidor!

OTELO. (Desenvainando.) Trofeo de mi valor
será quien se atreva!...

IAGO. ¡El Dux!

(Sale el Dux del palacio del fondo con una brillante comitiva de senadores, magistrados y hombres de armas que llevan antorchas en las manos. Uno de ellos con el estandarte de Venecia que tiene el leon de San Marcos: tres niños esclavos traen en bandejas de plata, uno una magnífica espada, otro un baston de general, y el tercero una banda. Al decir Iago «El Dux» todos envainan las espadas. El Dux, que viene en medio de todos se adelanta á Otelo.)

ESCENA VIII.

LOS MISMOS, el DUX, ACOMPAÑAMIENTO.

DUX. ¡Valiente Otelo! Con soberbia loca,
con audacia suprema, el otomano
al combate de nuevo nos provoca
sediento de la sangre del cristiano.
De su falso profeta el nombre invoca
para alcanzar el triunfo, pero en vano,
y en vano por la mar surcan ligeras
en belicoso alarde cien galeras.
Venecia á los combates preparada
y en las sangrientas lides aguerrida,
humillará la furia desbordada
de esa turba de infieles descreida.
Tomad al punto la gloriosa espada
en Rodas, Malta y Chipre enaltecida,
y mostrad á esos bárbaros infieles

que aún lozanos están nuestros laureles.
(Toma la espada de la bandeja y se la entrega. Otelo se la ciñe.)
Y de ese brazo fuerte al poderío,
y de ese corazon al ardimiento,
tiemble cobarde el otomano impío
que hoy viene á amenazarnos turbulento.
Venecia da una escuadra á vuestro brío;
partid, escarmentad su atrevimiento,
y vengad de una vez tantas afrentas
en las aguas del Bósforo sangrientas.
Eso Venecia á vuestro esfuerzo fia,
valiente general, sin par soldado,
y distinciones para vos envía
que á nadie sino á vos se han otorgado.
Hoy decreta la augusta señoría
que yo, el Dux en persona, y el Senado
para honraros, á vos nos acerquemos
y la insignia del mando os entreguemos.
(Cuélgale la banda y entrégale el baston En cuanto Otelo le ha tomado Brabancio se adelanta.)

BRAB. ¡Supremo honor á nadie concedido!
El Senado y el Dux, por recompensa
al mérito que en vos han conocido,
hoy os confieren honra tan inmensa.
Como el valor la patria ha distinguido
la patria así castigará la ofensa,
en su balanza por igual midiendo
la preclara virtud y el vicio horrendo.

DUX. ¿Sois vos, noble Brabancio? Deseada
vuestra presencia ha sido en el Senado,
pero hallé vuestra silla abandonada.

BRAB. Al peso de los años agobiado
busqué, señor, con impaciencia el lecho
y hallé muerto mi bien, mi honor hollado.
¡Ah! si la ley no ampara mi derecho,
si ántes que luzca el sol no estoy vengado...

DUX. Explicaos, señor.

BRAB. ¡Dux de Venecia,
se mancilla mi honor y se desprecia!

DUX. Vuestra hija...

BRAB. No la tengo.—Seducida

con amorosos filtros y venenos,
abandonó la paternal guarida
y mis brazos dejó por los ajenos.

DUX. Juro por el supremo poderío
que en mis manos está, que aun cuando fuera
Brabancio, el seductor el hijo mio,
la ley inexorable se cumpliera.
Á vuestra mano la justicia fio,
la sentencia dictad, blanda ó severa,
y sin mancha dejad vuestro decoro:
¿quién es el seductor?

BRAB. (Señalando á Otelo.) ¡Miradle!

TODOS. ¡El Moro!

DUX. ¿Qué decis?

BRAB. Es el Moro!

DUX. ¡Vuestra mente
delira!

BRAB. ¡El Moro es!

DUX. (Ap.) (¡Trance funesto!)

BRAB. Él es el seductor, el delincuente,
ved en su rostro el crímen manifiesto;
¡vedle! ¡miradle!

DUX. (Á Otelo.) General, ¿qué es esto?
(Momento de silencio.)

OTELO. Poderosos, magníficos señores,
nada ha habido en el mundo que me afrente
jamás; de vuestras leyes los rigores
sufran los criminales y traidores;
para mí... condenadlas al olvido,
que ni traidor ni criminal he sido.

BRAB. ¿Qué dice?

OTELO. La verdad: ¿qué ley odiosa
de la pasion el mágico ardimiento
quiere apagar? ¿qué mano poderosa
quebranta la cadena misteriosa
con que une Dios, por celestial portento,
dos almas en un solo sentimiento?

BRAB. Mi hija!...

OTELO. Vuestra hija es hoy mi esposa.

BRAB. Tú la engañaste!

OTELO. Por el cielo juro
que libremente me entregó su mano.

BRAB. Merced á mágia vil ó encanto impuro
por oculto poder.

OTELO. No es cierto, anciano.

BRAB. ¿Con qué podrás probarnos tu inocencia?

OTELO. ¿Con qué podré, señor? Con su presencia.

BRAB. ¿Con su presencia?

OTELO. Sí; mas de tal suerte,
que si ella no me excusa,
si la misma Desdémona me acusa
yo con mis manos me daré la muerte.

DUX. Conducid á Desmémona á este punto.

OTELO. Anda á buscarla, Iago.
(Váse Iago con algunos oficiales por la derecha.)
Oid, señores,
(Á Brabando.)
y vos tambien, señor, oid con calma
con qué filtros infames y traidores
el fuego celestial de los amores
penetró en el santuario de su alma.

DUX. Os escuchamos.

OTELO. Amistad sincera,
que ya me niega avara la fortuna,
con su padre, señor, me unió algun dia.
De mi vida la historia verdadera
anhelaron saber, y una por una
las penas que sufrí les refería.
Los combates sangrientos,
de la guerra los vastos funerales,
la lucha de los bravos elementos,
de la mar los desastres turbulentos,
del desierto sin fin los arenales.
Los contrarios azares de la suerte,
ya próspera, ya adversa; el desvarío
á que se entrega el corazon más fuerte
y que apaga el aliento más bravío,
al sentir en la frente el soplo frio,
el hálito espantoso de la muerte.
Yo les dije tambien que llegó un dia
en que vencido nuestro esfuerzo bravo,
muerto mi padre por la guerra impía
sojuzgada miré la patria mia
y arrastré la cadena del esclavo.

Luego, rotos mis hierros, anhelante
fragosas selvas, elevados montes
crucé, viajero errante,
buscando más risueños horizontes.
Y torné á atravesar los mares rudos,
y me interné por lóbregas cavernas,
y con mi planta hollé montes desnudos
coronados de nieves sempiternas.
En tanto, noble Dux, sabeis qué hacia
Desdémona? anhelante me escuchaba,
al poder de mi voz se estremecia,
su corazon del pecho se saltaba,
y quería llorar y no podía.
Una noche me dijo:—«En la memoria
vuestras hazañas conservar quisiera,
Otelo, repetidme vuestra historia,»
y torné á referir mi historia entera:
y siempre que mi labio relataba
ó grave riesgo ó mísero quebranto,
á sus divinos ojos asomaba
contenido raudal de tierno llanto.
Lágrimas que cayeron como fuego
al fin sobre mi mano, llanto ardiente,
bálsamo bienhechor, que curó luego
de su honda herida al corazon doliente.
Yo me arrojé á sus plantas, yo la intensa
pasion de mi alma y ciego desvarío
confesé de mi amor, y en recompensa
su amante corazon se entregó al mio.
Por los peligros que arrostré lloraba,
su llanto el corazon me estremecía,
ella por desdichado me adoraba
y yo porque mis penas comprendia. [1]
Los riesgos que he corrido,
los trabajos, los duelos, los quebrantos,
y el purísimo amor que en mí ha nacido,
esos, señor, mis crímenes han sido,
esos, señor, han sido mis encantos.

---

1 She lov'd me for the dangers I had pass'd
And I lov'd her, that she did pity them.

ESCENA IX.

LOS MISMOS, DESDÉMONA, con traje blanco y velo, IAGO y oficíales.

DUX. (Á Brabancio.)
Tan tierna y noble pasion
hasta el alma me ha llegado,
si no le habeis perdonado
sois hombre sin corazon.

BRAB. Aún el fallo no pronuncio;
mi hija llega; si como él,
tambien ella le ama fiel,
á mi venganza renuncio.
(Ap.) (Veremos si en mi presencia
muestra el amor de su pecho.)
(Á Desdémona.)
Llegad: ¿quién tiene derecho
á vuestro amor y obediencia?

DESD. Obedeceros y amaros,
padre, me ha mandado Dios,
que os amo, lo sabeis vos
y no podeis engañaros.
El cariño poderoso
que os tengo en mi pecho vive,
pero Dios no me prohibe
amar tambien á mi esposo.
Vedle aquí.—Miradnos, padre,
á vuestras plantas los dos,
tambien por amor á vos
dejó á su padre mi madre.

BRAB. Alzad. (Ap.) (¡Oh muerta esperanza!)
(Al Dux.)
Dux, ¿qué noticias son esas?
¿el turco á nuevas empresas
contra Venecia se lanza?

DUX. ¡Qué rencor reconcentrado
en el pecho se guarece!

BRAB. No, tratemos si os parece
de los asuntos de estado.

DUX. Mas...

BRAB. (Al Dux.) (Permitid que os exija
cuando su pérdida lloro
que sea en secreto.)
(Alto, á Otelo.) Moro,
eres dueño de mi hija.
Su voluntad no se tuerza,
mas no creas, desdichado,
que te la doy de buen grado,
si cedo, cedo por fuerza.
OTELO. Señor!...
DESD. Padre!
BRAB. No; apartad.
DESD. Nos negais vuestro perdon!
DUX. Duro es vuestro corazon.
BRAB. Sí, sí; es verdad, es verdad;
pero... mi pecho, agobiado
del dolor... por los extremos
no... puede... señor: tratemos
de los asuntos de estado.
DUX. El turco intenta humillar
nuestras gloriosas banderas,
y ha lanzado cien galeras
contra Chipre por el mar.
Nada hay que á Chipre defienda
como vuestra valentía,
por eso la señoría
su gobierno os encomienda.
Por eso, por gran merced,
por honra muy señalada,
os ciñó el Dux esa espada,
partid, llegad, y venced;
Venecia ese acero os da,
Venecia sabe con gloria
que prenda de la victoria
rayo de muerte será.
OTELO. Desde que vine á la tierra
á luchar con la fortuna,
me arrullaron en la cuna
los cánticos de la guerra.
Jóven, del monte fuí asombro;
pues por el monte y el llano
iba, la flecha en la mano

pendiente el carcax al hombro,
buscando en los peñascales
las guaridas de las fieras,
luchando con las panteras,
los tigres y los chacales.
Ó ganoso de botin
llevaba el triunfante acero
contra el enemigo fiero
del uno al otro confin.
Al escucharos, señor,
me estremezco de placer.
y siento en mí renacer
mi antiguo y belico ardor.
¡Fuego por mis venas surca!
¡juro clavar el divino
lábaro de Constantino
sobre la mezquita turca!

DUX. Y Venecia premiará
vuestro triunfo generosa;
entre tanto, vuestra esposa
con su padre vivirá.

BRAB. Eso no es posible.

DESD. ¡Oh!
¿le he dado acaso mi mano
estando el riesgo cercano
para abandonarle? no.
Cuando el glorioso laurel
ciña su frente arrogante,
su esposa como él triunfante
le compartirá con él.

OTELO. Y al mirarte al lado mio
infundirá tu hermosura
al corazon más bravura,
y á mi brazo mayor brío.

DUX. Consiento pues.—Pero corta
tregua, general, teneis,
que esta noche partireis.

OTELO. Esta noche?

DUX. Sí.

OTELO. No importa.
(Á Desdémona.)
Perdona si á amor no pago

la deuda que amor reclama,
pero la patria me llama:
despues partirás con Iago.

DESD. Padre!

BRAB. Aparta!

DESD. Sois cruel!

DUX. Bien puede vuestra nobleza
doblegarse sin flaqueza
á un amor tan puro y fiel.
La virtud, hija del cielo,
es la belleza mayor;
¿quién se compara, señor,
en belleza con Otelo?

(Dirígese por el puente al palacio: síguele el acompañamiento.—Brabancio se queda un poco detrás.)

BRAB. (Á Otelo.)
Moro, aunque poco te cuadre,
acércate y oye.—Dí!
¿no puede engañarte á tí
como ha engañado á su padre?

OTELO. Por su fé mi vida obligo.

BRAB. Ridícula confianza! (Sigue al Dux.)

OTELO. Desdémona, el tiempo avanza,
sígueme, pues.

DESD. Ya te sigo.

(Vánse por la derecha.)

ESCENA X.

RODRIGO, IAGO.

ROD. ¡Iago!

IAGO. ¿Qué?

ROD. ¿Á que no acertais
en qué pienso?

IAGO. En acostaros?

ROD. En tirarme al mar!

IAGO. Y ahogaros?
¿y con eso qué lograis?

ROD. Si se pierden en la vida
la esperanza y la ventura,
toda dolencia se cura

con una mano atrevida.

IAGO. ¡Cobarde! llevo en el mundo
ocho lustros sin cesar
luchando por aclarar
el misterio más profundo
de la vida, el egoismo:
¡ah! yo os juro por mi nombre
que hallar no he podido un hombre
que sepa amarse á sí mismo.
¡Morir! ¡insigne flaqueza!
y por quién! ¿teneis dinero?
si le teneis, altanero
levantad vuestra cabeza.
Venid á Chipre... yo os fio
que en Chipre, allí... ya vereis!

ROD. Á Chipre?

IAGO. Mas no lleveis
vuestro bolsillo vacío.
Toda jóven es volúble;
frívolo él; fuerza será
que ella cambie... y cambiará:
ese lazo indisoluble
que se imaginan eterno
se romperá, lo adivino;
vos, buscad mejor camino
para bajar al infierno.
Perseguidla, deshonradla,
que el mundo sepa la gloria
que alcanzais con tal victoria,
y despues... abandonadla.
Ved que si lo haceis así,
premio habrá para los dos;
la ventura para vos,
la venganza para mí.

ROD. ¡Ah! teneis razon, y espero...

IAGO. Me jurais vivir!

ROD. Lo juro.

IAGO. Y partireis de seguro
mañana?

ROD. Sí..

IAGO. Bien: infiero
que es recurso más sencillo

el que os propongo.

ROD. Lo es.
Hasta mañana.

IAGO. Adios, pues;
no os olvideis del bolsillo.
(Váse Rodrigo por la izquierda.)

ESCENA XI.

IAGO.

¡Imbécil! á mi voz cedes
y á todo haré yo que accedas!
¿no conoces que te enredas
de mi designio en las redes?
No conoces que mi acento
subyuga, fascina, abruma;
que vas como leve pluma
que vuela á merced del viento!
¡Pensaste, por Belcebú,
que á no ser tu causa mia,
el tiempo malgastaría
con un necio como tú!
(Momento de silencio.)
Con toda mi alma odio al Moro!
la lengua del vulgo cuenta
que de él recibí una afrenta:
¿será cierta ó no? lo ignoro.
Mas de ese suceso oscuro
la verdad no he de aclarar,
que á mí me conviene obrar
cual si estuviera seguro.
(Reflexiona.)
Obtengo su estimacion:
eso es mucho: me conviene
la plaza que Casio tiene:
la alcanzará mi teson.
Pero... ¿cómo? ¡no lo sé!
con la astucia y la mentira!
Casio!... Desdémona!... Inspira
mi mente, infierno! Podré?...
no; pero en Chipre... allí sí.

¿Cómo? ¡tal vez... tal vez sea...
¡Dame una idea, una idea,
genio del mal!
(Dándose una palmada en la frente.)
¡Ya está aquí!
(Embózase y dirígese al canal: donde le espera una góndola.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Salon en el palacio del gobernador de Chipre. Galería al fondo. Puertas laterales.

ESCENA PRIMERA.

IAGO y CASIO.

Iago está sentado en un sillon. Casio sale por la galería.

IAGO. Dios os guarde, capitan.
Mal os ha probado el suelo
de Chipre.
CASIO. ¡Pluguiera al cielo
que me matára mi afan!
IAGO. ¿Tan grande es vuestra afliccion?
CASIO. Tanto que me vuelvo loco.
IAGO. ¿Y por qué?
CASIO. Os parece poco
perder mi reputacion?
IAGO. Herida... moral.
CASIO. ¿Y es nada?
IAGO. Más vale toda la vida
tener abierta esa herida
que un minuto una estocada.
CASIO. ¡Iago! me cegó el furor,
IAGO. Referidme cómo fué?
CASIO. Si yo mismo no lo sé;

aquel insulto... el licor...
Más vos no lo visteis?

IAGO. Sí,
pero el motivo le ignoro.

CASIO. Vi ofendido mi decoro;
un hombre se llegó á mí
y me dijo... no lo sé.

IAGO. Mas le conocísteis?

CASIO. No;
sólo ví que me insultó
y yo ciego le ataqué.

IAGO. Habeis sido un insensato:
el licor...

CASIO. Él me ha perdido.

IAGO. Tal vez la causa haya sido
de vuestro ciego arrebato.
Por él comenzó el motin,
la ciudad se conmovió,
y aunque al fin se apaciguó
vos fuisteis la causa al fin.

CASIO. Harto lo he visto despues.

IAGO. Y cuál es vuestra intencion?

CASIO. Vengo á pedirle perdon,
vengo á arrojarme á sus piés;
él de clemente blasona
y confío en su clemencia.

IAGO. Grave fué vuestra imprudencia.

CASIO. Creeis que no la perdona?

IAGO. No sé, mas se me figura
que es más sensato y mejor
buscar remedio al dolor
que no dar en la locura
á fuerza de cavilar.

CASIO. Mi mal, que remedio tiene?

IAGO. Pensar en eso conviene
y por vos voy á pensar. (Reflexiona.)
No debeis á Otelo ver,
pues tal vez inútil sea.

CASIO. ¿Qué estais diciendo?

IAGO. ¡Oh! qué idea!
id á ver á su mujer.

CASIO. Á Desdémona!

IAGO. Su vida
por su padre el vuestro dió,
ella con vos se crió,
y eso, Casio, no se olvida.

CASIO. ¿Creeis que conseguirá?...

IAGO. Al encanto de su ruego
el general de amor ciego
al fin os perdonará.
Pongo al cielo por testigo
que es feliz el desenlace.

CASIO. Vuestro consejo me place.

IAGO. Es un consejo... de amigo.

CASIO. Lo es.

IAGO. Habladla al momento,
ahora.

CASIO. ¿Y cómo será?

IAGO. (Señalando á la puerta de la izquierda.)
Mirad, Desdémona está
con mi esposa en su aposento.

CASIO. Propicia ocasion.

IAGO. Sí tal.
Vereis cómo habla por vos.

CASIO. Sin duda os inspira Dios.

IAGO. Sin duda!

CASIO. (Dándole la mano.) ¡Amigo leal!
(Éntrase en el aposento de Desdémona.)

IAGO. Dicen que del enemigo
el consejo; ¡gran error!
no es más sincero y mejor
el consejo del amigo?
(Aparece Rodrigo por la galería.)

ESCENA II.

RODRIGO, IAGO.

IAGO. Rodrigo! juntos están,
al fin le pude atraer.

ROD. ¿Qué decís?

IAGO. Que la va á ver.

ROD. ¿Cómo?

IAGO. (Señalando al aposento de Desdémona.)

Allí está el capitan.

ROD. Ya lo veis; os sigo ciego,
tal vez me pese algun dia.

IAGO. Rodrigo! Por vida mia!
desconfiais?

ROD. No lo niego.
Decid, ¿por qué su razon
con el licor trastornasteis?
Decid, ¿por qué me obligásteis
á insultarle?

IAGO. Todos son
hilos de la red que tiendo
á la ventura, honra y fama
del general; oh! la trama
es sutil!

ROD. No la comprendo.

IAGO. ¿Vos la quereis comprender?
¿Para qué?

ROD. ¡Por vida mia!

IAGO. ¿En su virtud todavía
creeis?

ROD. Pues no he de creer?
se adoran con ciego afan.

IAGO. (Riéndose.)
Eh! eh? eh!

ROD. ¿Qué decis?

IAGO. Nada.

ROD. Pues qué! ¿no está enamorada?

IAGO. Sí, lo está del capitan.

ROD. Amor Otelo la inspira
amor...

IAGO. Gentil sentimiento!
se ha enamorado de un cuento,
y un cuento es una mentira.
Es capricho, no es pasion,
¿qué ha de inspirar, por mi nombre!
ese africano, ese hombre,
que es más negro que un tizon!
Sólo se rinde al anhelo
de su juventud vehemente,
cuando ese capricho ardiente
desaparezca ¡ay de Otelo!

ROD. De modo que es vuestro plan...
IAGO. Quiero, su ardor mitigado,
que vea siempre á su lado
á un jóven, gentil, galan,
apuesto, tierno y amante,
á cuya airosa presencia
compare la diferencia
del uno al otro semblante.
Vereis ese amor eterno
cual cede, y eso logrado...
nada más; del resultado
ya se encargará el infierno.
ROD. Sin embargo...
IAGO. ¿Aún lo dudais?
ROD. Que os equivocais recelo,
separándole de Otelo
de su mujer le alejais.
IAGO. Ántes pienso se asegura
nuestro intento.
ROD. ¿Cómo, pues?
IAGO. ¿Olvidais el interés
que inspira la desventura?
de su poder satisfecha,
con ardor, con vivo anhelo,
rogará por Casio á Otelo;
yo engendraré la sospecha
en su corazon. La muerte
de Casio, cierta imagino;
si no la ampara el destino
sufre ella la misma suerte.
ROD. ¿La misma suerte á los dos?
¿entónces, qué he de esperar?
IAGO. Ella se querrá salvar,
querrá huir.
ROD. Y huye...
IAGO. Con vos.
ROD. ¿Y si Otelo, que blasona
de clemente y generoso,
siendo en Chipre poderoso,
su falta á Casio perdona?
IAGO. Ó se queda Casio, ó no:
si se queda, ayuda al plan,

si no... falta un capitan
y pudiera serlo yo.

ROD. ¡Me asombro!

IAGO. No tengais duda.

ROD. Un abismo es vuestra mente.

IAGO. Obedeced ciegamente,
que el egoismo os ayuda.

ROD. Admirable es vuestro plan;
fué capitan, fué su amigo...

IAGO. Ya lo veis, ya no es, Rodrigo,
ni amigo, ni capitan.
El perdon busca por ella,
y si chocan, como espero,
el pedernal y el acero...
ya saltará la centella.
Oigo ruido, cada cual
vaya á cumplir su mision;
vos á esperar la ocasion,
y yo á ver al general.

(Vánse, Rodrigo por la galería del fondo, Iago por la derecha. Salen por la izquierda Casio, Desdémona y Emilia.)

ESCENA III.

DESDÉMONA, CASIO, EMILIA.

CASIO. Ese, señora, es mi anhelo.

DESD. Y yo, capitan, os digo,
que vuestro perdon me obligo
á alcanzar.

CASIO. ¡Pluguiera al cielo!

DESD. ¡Ah! no perdais la esperanza,
no, que su alma generosa
nunca dió abrigo á la odiosa
ruin pasion de la venganza.
Ademas, confio en Dios,
en que al veros... cuando os vea
os perdona: él lo desea
tal vez tanto como vos.

CASIO. Pero su severidad
se prolonga de tal modo

que estoy dudando de todo.
DESD. Ese temor desechad.
Delante de Emilia os juro
que no he de rogarle en vano,
él mismo os dará la mano,
capitan, yo os lo aseguro.
Vos no sabeis el poder
para calmar los enojos
que tienen los dulces ojos
con que ruega la mujer.
Y si, lo que yo no creo,
á mi ruego se negase
y mi esposo se obstinase
en no cumplir mi deseo,
tanto le atormentaré,
que al cabo lo he de lograr;
vuestro nombre sin cesar,
capitan, repetiré
en el paseo, en la mesa;
que si su enojo se excita
cuando conmigo se irrita
el enojo pronto cesa.
No ha de ceder mi constancia
hasta verlo conseguido,
que yo, Casio, nunca olvido
los recuerdos de la infancia.
Contad, pues, con su indulgencia.
EMILIA. Aquí viene Otelo.
CASIO. Ahora!
DESD. Quereis hablarle?
CASIO. Señora,
me turbaré en su presencia.
DESD. Partid, Casio. Ved que van
á Otelo á pedir por vos.
CASIO. Señora... os lo premie Dios.
DESD. Él os guarde, capitan.
(Váse Casio por la galería.—Salen Otelo y Iago. Otelo leyendo unos papeles, derecha.)

ESCENA IV.

DESDÉMONA, EMILIA, OTELO, IAGO.

IAGO. Esto me disgusta.
OTELO. ¿Qué?
IAGO. Nada.
OTELO. ¿Qué te desagrada?
IAGO. Señor, si no he dicho nada;
¿he hablado?
OTELO. Sí.
IAGO. Pues no sé.
OTELO. ¿No es aquel Casio?
IAGO. ¿Aquel?
OTELO. Sí.
IAGO. No señor, no es natural
que huya de vos, general,
al acercaros aquí.
Más conviene á su interés
alzar la frente serena,
porque huyendo se condena
él mismo.
OTELO. Pues Casio es!
DESD. Otelo; de este aposento
sale en este mismo instante
un mísero suplicante
lleno de arrepentimiento
por su falta: su afliccion
sincera me ha conmovido
tanto, que le he prometido
el olvido y el perdon.
Sé que en tu alma generosa
el rencor nunca reside,
perdónale, te lo pide
por grande favor tu esposa.
No seas severo juez,
en tu corazon confío
¡quién no falta, Otelo mio,
quién no falta alguna vez!
OTELO. ¿Quién es?
DESD. Casio.

OTELO. ¿Casio?
DESD. Sí;
te extraña?
OTELO. No.
DESD. Si le vieras
su dolor compadecieras.
OTELO. ¡Te ha compadecido á tí
Desdémona! eres mujer
y blando tu corazon.
DESD. ¿Conque otorgas su perdon?
OTELO. No.
DESD. Que no!
OTELO. No puede ser.
Sé que ha obrado sin malicia,
que es ademas buen soldado,
mas quebrantar no me es dado
las leyes de la milicia.
DESD. ¿Quién aquí leyes te impone?
OTELO. Mi deber.
DESD. ¡Ah! tu deber
no puede mandarte ser
tirano.
OTELO. Que le perdone
ahora no intentes.
DESD. No soy
tan caprichosa, yo espero
que ahora mismo, no.
OTELO. No.
DESD. Pero...
¿prometes que sea hoy?
OTELO. Tampoco.
DESD. ¿Y mañana?
(Señal negativa de Otelo.)
Es vano
mi ruego... y yo que hice alarde...
OTELO. Nunca para el bien es tarde.
DESD. Más vale hacerle temprano. [1]

---

1 Conveniencias teatrales me han obligado á variar la bellísima súplica que Shakspeare pone en bcca de Desdémona. pido la absolucion de esta falta: en cambio, y para que no

Si al fin y al cabo ha de ser,
para qué alargar su pena?
¿por qué siendo tu alma buena
no lo quiere parecer?
Le tienes que perdonar
hoy mismo, no me lo niegues;
cuando tú, Otelo, me ruegues,
nada te sabré negar.

OTELO. Es un eden encantado
de tu acento la armonía;
dile, Desdémona mia,
dile que está perdonado.

DESD. ¡Ah! ¿conque al fin cedes?

OTELO. Sí.

DESD. No sientas, no, ser clemente,
que no lo hago solamente
por él.

OTELO. ¿Pues por quién?

DESD. ¡Por tí!

OTELO. Por mí!

DESD. Por lo tres, esposo:
por él, que al ver nuestro amor,
calmar intentó el furor
de mi padre rencoroso.
¡Por mí! Vivió cuando niño
conmigo; ¡qué triste historia!
y aun conservo la memoria
de nuestro infantil cariño.
Por tí tambien, porque al cabo,
ver siempre á tu lado quiero
amigo tan verdadero
y oficial tan digno y bravo.
En cambio de tal favor,
yo me rindo á tu albedrío,
pruebas pide, Otelo mio,

---

desaparezca de la obra, se inserta á continuacion.

Why then, to-morow-nigth: or Tuesday morn:
Or Tuesday noon, or nigth: or Wednesday morn;
I pray thee, name the time; but let it not
Exceed three days:

pide pruebas á mi amor.
Que si á pedirlas empiezas
sacrificios mi amor loco
hará... pero eso es muy poco!
sacrificios... más!... proezas!

OTELO. Por tí alcanzó su perdon;
dale, Desdémona, aviso
que no se inquiete; es preciso
encontrar una ocasion
que parezca natural;
aguardemos ese instante.

DESD. Cual cumpliste como amante,
cumple como general;
mas no lo olvides.

OTELO. Me obligo.

DESD. Yo te aguardo en mi aposento.

OTELO. Iré dentro de un momento
á reunirme contigo.
(Váse Desdémona por la izquierda.)

ESCENA V.

OTELO, IAGO.

OTELO. Que Dios su gloria me niegue
si no te amo con locura;
si saliera de mi pecho
tu amor, que no saldrá nunca,
el caos me envolvería
en su oscuridad profunda.

IAGO. Señor, hablaros deseo.

OTELO. ¿Qué quieres?

IAGO. Me preocupa
un pensamiento.

OTELO. ¿Qué dices?

IAGO. Y en vano mi mente pugna
por desecharle.

OTELO. ¿Cuál es?

IAGO. ¿Tenía noticia alguna
Casio de vuestros amores?

OTELO. Si: ¿por qué me lo preguntas?

IAGO. Desde cuándo?

OTELO. Desde el punto
en que cegué á su hermosura
hasta nuestra union. ¿Por qué
de esos detalles te ocupas?

IAGO. Sin objeto. Un pensamiento
fugaz que en mi mente cruza.
¿Conque ya los conocía?

OTELO. Sí, Iago, sí; y veces muchas
fué testigo misterioso
de mi amor y su ternura.

IAGO. ¿De veras?... ¡ah! sí, de niño
vivió con ella.

OTELO. ¡Qué! ¿dudas
de su virtud?

IAGO. ¿Su virtud?
la de Casio?
(Momento de silencio.)

OTELO. Algo me ocultas!
(Repentinamente.)
¡Ah! qué monstruosa sospecha
tan miserable y absurda
penetró en tu corazon
que por ocultarla luchas?
Al entrar aquí dijiste...

IAGO. ¿Qué dije?

OTELO. *«Esto me disgusta.»*
Por qué? dí, ¿por qué? Responde,
¿qué temes? ¿qué ves? ¡qué juzgas!

IAGO. Yo os amo tanto!

OTELO. Por eso,
por eso, Iago, me asustan
esas frases misteriosas;
esas contracciones súbitas
de tu voz; esas miradas
vacilantes é inseguras.

IAGO. Pluguiera á Dios que los hombres
fueran lo que ser figuran;
pluguiera á Dios que asomase
al rostro el alma desnuda.

OTELO. ¿Por quién hablas?

IAGO. Yo no os puedo
responder á esa pregunta.

OTELO. Iago! Iago!

IAGO. Aún en mi mente
vaga mi idea confusa;
mas quién me dice que sea,
señor, legítima y justa?
no hay sentimiento que esté
libre de materia impura.
*¿Quién es el hombre arrogante
*que fuerte siempre se juzga
*para poder desasir
*de su cerebro las turbias
*ideas, los azarosos
*pensamientos con que lucha?
*Yo conozco mi flaqueza
*si lo exterior me repugna,
*en todos los vicios pienso
*que á la humanidad subyugan,
*y pensando y cavilando
*mi entendimiento se ofusca;
*del mal en mi corazon
*hierve la ponzoña inmunda,
*y hasta los labios asoma
*su asquerosa levadura.
No os conviene á vos ni á mí
hablar de ello.—Honra y fortuna
pierdo si mi pensamiento
os confio y se divulga.

OTELO. ¿Y nada me dices?

IAGO. Nada!
La soberana ventura,
el más preciado tesoro,
la mayor riqueza, la única
de la mujer, es la honra;
liviana pompa de espuma,
desecha al primer embate
del viento de la calumnia.

OTELO. Tu pensamiento sabré,
y en qué razones se funda.

IAGO. No os dejeis llevar, señor,
de la espantosa locura
de los celos; evitad
que en el alma se introduzcan.

Al lado de ese tormento
no hay otro de más angustia;
delicias del cielo son
del infierno las torturas.

OTELO. (Ap.) (Desventurado de mí!)
(Reponiéndose.)
¿Imaginas por ventura
que arraigáran en mi alma
esas sospechas estúpidas?
¿Que de una mujer los pasos
seguirá mi desventura,
inconstantes como el tiempo,
mudables como la luna?
Pláceme ver á mi esposa,
que culto á su edad tributa,
en convites y en saraos,
con joyas, bailes y música,
mientras de la juventud
el sol en su frente luzca:
de su virtud el aroma
por todas partes perfuma,
y donde está mi Desdémona
no aparece el vicio nunca.
No imagines que mi rostro,
que el sol del África nubla,
recelos en mí despierte,
desconfianzas que injurian;
su corazon me entregó
viendo mis facciones rudas
á la clara luz del dia,
no en la triste noche oscura.
No puedo dudar, no quiero;
pero si nacen las dudas,
pruebas buscaré, sí, pruebas;
si las hallo, si la acusan,
ó la matarán mis celos,
ó abriré á mi amor la tumba.

IAGO. Veros tan cuerdo me place;
si aciertan los que la injurian,
yo podré adquirir noticias
que á la verdad nos conduzcan.
Pero entre tanto, mudad

las llaves y cerraduras;
vigilad á vuestra esposa
sin que ella se lo presuma;
seguid los pasos de Casio,
y no olvideis que la astucia
de las hijas de Venecia
es proverbial, y su adusta
virtud, la máscara torpe
de su liviandad impura,
tal que el cielo se horroriza
de lo que la tierra oculta.

OTELO. ¿Es ese tu pensamiento?

IAGO. Ese. Con qué travesura
supo engañar á su padre!

OTELO. Es cierto.

IAGO. Mas ¿cómo lucha
con la astucia de una niña
la imaginacion caduca
de un anciano?
(Suelta una carcajada desentonada.)
Já! já! já!
Á filtros, mágias y brujas
lo achacaba el pobre viejo!...
Mas tal vez mi lengua abusa,
mi amistad sobrado franca...

OTELO. No doy importancia alguna
á tus palabras.

IAGO. Ni yo...
no; sin pensar se pronuncian;
pero se las lleva el viento
y se disipan en suma.
(Momento de silencio.)
El capitan es mi amigo,
señor... y si hallan disculpa...

OTELO. No quiero pensar en él.

IAGO. Bien haceis... pero se turba
vuestro semblante.

OTELO. No, Iago.
Pienso en lo virtuosa y pura
que es mi mujer.

IAGO. ¡Oh consuelo
que de gozo el pecho inunda!

Dios esa paz os conserve
mucho tiempo...

OTELO. Adios... Escucha:
si algo sabes bueno ó malo
espero, Iago, que cumplas
con tu deber avisándome...

IAGO. ¡Oh! descuidad. (Ap.) (Iago, triunfas!)
(Sale y váse por la galería.)

OTELO. ¡Noble corazon! habló
por mi teson, por mis súplicas!
(Con violencia.)
¡Maldita sea la hora
en que me casé! ¿Qué buscas?
(Viendo que vuelve Iago.)

IAGO. Cumplí mi mision fatal,
mas ved que mis conjeturas
pueden ser falsas, señor,
porque prueba no hay ninguna.
Sólo el tiempo aclarar puede
la verdad en que se fundan;
por ejemplo, si por Casio
Desdémona os importuna;
si os ruega... pero hasta entónces,
en libertad absoluta
debeis dejarla.

OTELO. Yo aprecio
amistad como la tuya.
Adios! adios!

IAGO. Y yo pido
al cielo que os dé su ayuda. (Váse.)

ESCENA VI.

OTELO.

No nos dejemos llevar
de una ciega irreflexion,
y con calma meditemos
lo que más cumple á mi honor.
Ese hombre tiene experiencia,
es honrado, y su opinion
da á la sospecha gran peso

y á la duda gran valor.
(Con violencia.)
Si es ingrata, si es perjura,
extinguiré mi pasion,
la arrojaré de mi lado
y huirá como ave veloz
á quien por piedad se abren
las puertas de su prision.
(Con melancolía.)
¡Todo es posible! no hay más
que mirarme... ¡Negro soy!
¡La mujer! quién se defiende
de la femenil traicion!
¡Maldita fatalidad!
¿por qué el destino ordenó
que dueños podamos ser
de la belleza exterior,
de la piedra de la estátua
y del espíritu no?
(Mirando á la izquierda.)
¡Desdémona! Vienes! ¡Cielos!
Harás que dude de Dios
si perfeccionar no supo
su más bella creacion!

ESCENA VII.

OTELO, DESDÉMONA, EMILIA.

DESD. La ciudad se regocija
y hace salvas en tu honor.
¿Vienes, Otelo? te espera
á comer la guarnicion,
y los notables aguardan;
no tardes, Otelo.

OTELO. (Despues de haber fijado en ella su vista un momento.)
(No!
no es posible, no! Desdémona!
¡miente! no tiene razon!)

DESD. ¿Qué tienes? ¿estás enfermo?
¡qué débil está tu voz!

OTELO. (Cayendo en un sillon.)
¡Ay! estoy sufriendo mucho,
se me oprime el corazon!

DESD. (Abre los brazos dirigiéndose á Otelo y deja caer inadvertidamente el pañuelo que lleva en la mano.)
Otelo! Otelo! tu frente
baña un copioso sudor.

OTELO. (Levantándose, dominando su emocion.)
No es nada; nada; un vahido!

DESD. Otelo!

OTELO. Mejor estoy,
pero no puedo asistir
al festin. Ven! ven!

DESD. Oh Dios!
tu daño me aflige tanto
como te adora mi amor.
(Váse lentamente por la izquierda, Otelo apoyado en el hombro de Desdémona.)

ESCENA VIII.

EMILIA, despues IAGO.

EMILIA. (Viendo el pañuelo y cogiéndole.)
¿Qué es esto? ¡Un pañuelo! Sí;
el que con tanto teson
mi esposo buscaba.

IAGO. Emilia,
¿qué mirais?

EMILIA. Yo! nada!

IAGO. Oh!
dadme ese lienzo!

EMILIA. Por qué?

IAGO. No conoceis su valor;
dádmele!

EMILIA. Pero...

IAGO. (Arrebatándosele.) Al momento.

EMILIA. ¿Vais á devolverle?

IAGO. No!

EMILIA. Va á sentir mucho su pérdida
la señora.

IAGO. (Agarrándola de un brazo.)

Si la voz,
si el gesto, si el ademan
dicen algo, por quien soy
la vida perdeis.

EMILIA. (Asustada.) ¡Dios mio!

IAGO. (Ap.) (Mi deseo se cumplió;
el aviso al general,
y el pañuelo á Casio.)
(Váse corriendo por la galería. Emilia queda aterrada.)

EMILIA. ¡Oh Dios!

ESCENA IX.

DESDÉMONA y EMILIA.

DESD. Gran sentimiento me causa!
¿dónde el lienzo habré perdido?

EMILIA. (Ap.) (Me aterra ese hombre!) (Alto.) ¡Señora!

DESD. ¡Ah! si un amor infinito
no albergára Otelo en su alma
y en ella hallarán asilo
esas sospechas vulgares
que engendran celos ridículos,
para turbar su reposo
era bastante motivo.

EMILIA. ¿No es celoso?

DESD. No: el sol puro
del África con su brillo,
del corazon de mi Otelo
lanzó los celos impios,
cual lanza del horizonte
los vapores matutinos:
dos mil cequies daría
por hallar el lienzo.

EMILIA. Ha sido
una desgracia.

DESD. Regalo
de su amor en los principios,
era el lienzo, ¡ay! una prenda
de ternura y de cariño.

EMILIA. Otelo!

DESD. Tanto mejor;
veré si ha encontrado arbitrio
para que Casio se quede
con él.—Señor...

ESCENA X.

DESDÉMONA, EMILIA y OTELO.

OTELO. (Ap.) (¡Qué suplicio
yo disimular!) (Alto.) Señora...
dadme la mano; ¡qué fino
cutis! ¡qué preciosa mano!
es blanca como el armiño!
DESD. Con esta mano, señor,
os entregué mi albedrío.
OTELO. Costumbre era esa, señora,
allá de tiempos antiguos;
hoy... con dar la mano... basta.
DESD. No comprendo... no adivino...
¿cumplísteis vuestra promesa?
OTELO. Mi promesa! ¿he prometido
alguna cosa, señora?
DESD. Casio...
OTELO. Callad.
DESD. Yo os suplico...
OTELO. (Sentándose.) ¡Ah! las sienes se me parten!
siento terribles latidos.
¿Teneis por ahí un pañuelo,
un lienzo?
DESD. Tomad el mio.
OTELO. No, no quiero este.
DESD. ¿Pues cuál?
OTELO. Aquel que os dió mi cariño.
DESD. No le tengo aquí.
OTELO. ¿Por qué?
DESD. Porque no siempre conmigo
le llevo.
OTELO. Pues haceis mal:
ese lienzo es un prodigio
de virtud.—Don de mi madre,
señora, en mucho le estimo.

Con tan precioso amuleto
y talisman tan divino,
mi madre el poder obtuvo
de agradar á su marido
mientras en su mano estaba;
ya lo veis, mi amor os hizo
presente de gran valía,
conservadle con ahinco,
no le regaleis, señora,
no le perdais, porque os digo
que perderle ó regalarle
os puede traer perjuicios
tan graves cual vuestra mente
nunca puede concebirlos.

DESD. ¿Será posible?

OTELO. *Lo es.
*Tiene ese precioso lino
*poder sobrenatural
*en su trama y en sus hilos.
*Anciana sacerdotisa
*bordó sus sagrados símbolos
*en el altar donde al sol
*culto rinden los egipcios;
*y es su brillante pintura
*hecha de colores finos,
*de momias embalsamadas
*con sutil arte extraidos.

DESD. Pero eso es cierto?

OTELO. Muy cierto.

DESD. ¡Oh! pluguiera á mi destino
no haberle tenido nunca!

OTELO. ¡Desventurada! ¿qué has dicho?

DESD. ¡Ah! no me hableis de ese modo!

OTELO. ¿Se perdió? sí, lo adivino;
cómo pues? ¿de qué manera?
responded, hablad, lo exijo;
¿qué decís?...

DESD. Que os engañais,
que no... que no está perdido,
y si lo estuviese...

OTELO. ¡Ah!

DESD. Mas no lo está, yo lo afirmo.

OTELO. Id á buscarle.
DESD. Señor,
á presentarle me obligo.
OTELO. ¿Qué os detiene, pues, señora?
DESD. Que no ha de ser ahora mismo.
OTELO. Ahora mismo no? por qué?
DESD. Por qué?
OTELO. Sí.
DESD. Porque imagino
que estais urdiendo una trama,
un engañoso artificio
para que olvide, señor,
lo que me habeis prometido.
OTELO. ¿Qué es?
DESD. El perdon de Casio.
OTELO. Mostradme ese lienzo, digo,
ó auguro...
DESD. Hablemos de Casio.
OTELO. El lienzo!
DESD. En tí, Otelo mio,
funda toda su esperanza,
iguales vuestros peligros,
comun vuestra vida...
OTELO. (Irritado.) ¡El lienzo,
ira de Dios!
DESD. ¡Qué capricho!
el tono con que me hablais
me ofende.
OTELO. (Rechazándola.) Apartad! (Váse.)
DESD. ¡Dios mio!

ESCENA XI.

EMILIA, DESDÉMONA.

DESD. ¿Qué es esto, Emilia?
EMILIA. Esto es,
señora, que se han cumplido
los tiempos de la ilusion
y llegan los del hastío.
DESD. ¡Cielo!
EMILIA. El capitan se acerca,

le acompaña mi marido.

ESCENA XII.

LAS MISMAS, IAGO, CASIO.

DESD. Llegad, Casio; mi desvelo
hácia vos me hizo importuna,
le rogué, pero ninguna
concesion logré de Otelo.
¡Le desconozco! irritado
mis súplicas escuchó,
y sin contestar partió,
torvo el semblante y airado.
Capitan, ¡la vez primera
que así con su esposa está!
Yo imagino que será
una nube pasajera.
Pero si no fuera así;
¡ah! si ha decretado el cielo
el olvido de mi Otelo,
¡rogad al cielo por mí!
(Vánse Desdémona y Emilia.)

ESCEN XIII.

CASIO, IAGO.

CASIO. ¿Podeis darme explicacion
de esto, Iago?
AGO. ¿Yo? ¡quién sabe!
ninguno tiene la llave
de su astuto corazon.
CASIO. Pero qué me aconsejais,
cejo en mi empeño, ó no cejo?
IAGO. Cejar?
CASIO. Sí.
IAGO. ¡Lindo consejo!
es preciso que insistais:
del triunfo dudar no puedo.
CASIO. Voy caminando á un abismo.
IAGO. ¿Qué estais diciendo?
CASIO. Yo mismo

de mi mismo tengo miedo.

IAGO. ¡Miedo! no acierto, por qué
hombre de tal corazon
como el vuestro á una ilusion
se subyuga.

CASIO. No lo sé.
Hay horóscopos fatales.

IAGO. Jamás en ellos creí.

CASIO. Pasan en torno de mí
cosas sobrenaturales,
y aunque dudo y me avergüenzo
siento vacilar mi fe.
Ahora mismo... me encontré
en mi pabellon un lienzo...

IAGO. ¡Ah! un lienzo.

CASIO. De gran valor,
de gusto muy delicado,
de gruesas perlas bordado
con asombroso primor.

IAGO. Extraño lance.

CASIO. Sí á fe;
¿será el lienzo para mí?

IAGO. ¿Le traeis?

CASIO. (Enseñándole.) Miradle aquí.
¿Sabeis de quién es?

IAGO. No sé.
(Sentándose.)
Regalo será de un brujo
ó bruja... es más natural;
es de valor sin igual
y portentoso el dibujo.
¿Con él qué pensais hacer?

CASIO. Buscar al dueño.

IAGO. Locura!
principio es de una aventura
de amores.

CASIO. No puede ser:
he llegado hace un momento
á Chipre, ocasion no ha habido.

IAGO. ¿Aún no?

CASIO. (Riéndose.) Tan sólo he tenido
amores de campamento!

Iago. Por el tiempo no se miden
sentimientos, capitan.
Casio. Mis amores no me dan,
Iago.
Iago. ¿No? Pues qué hacen?
Casio. Piden.
Me ha deparado halagüeña
cuando llegué, mi ventura,
una chipriota hermosura
revoltosa y pedigüeña;
Blanca es su nombre, y ¡tan franca!
Blanca está donde yo estoy,
Blanca va donde yo voy,
porque Blanca...
Iago. Está sin blanca!
Capitan, eso no es malo;
os da el destino ocasion
de premiar tanta pasion
con un soberbio regalo.
Casio. ¡Un regalo?
Iago. Ese pañuelo.
Casio. Loco estais por vida mia.
Regalo de tal valía
á esa mujer.
Iago. ¡Por el cielo!
¿os detiene su riqueza?
Capitan, no lo acertais;
pruebas de ese modo dais
de esplendidez y grandeza.
Si tal haceis ¡vive Dios!
se acrecienta vuestra fama,
y en Chipre no hallareis dama
que no enloquezca por vos.
Ya lo veis, los sinsabores
de la vida cortos son,
siempre hallan compensacion
las penas y los dolores.
El ¡ay! que del pecho arranca
el teson del generel
se olvida, Casio, y no mal
con la hermosura de Blanca.
Casio. ¡Ah! me haceis estremecer,

ya olvidé mi desventura.
IAGO. Pensar en eso es locura,
dejad el tiempo correr.
Seguid del amor en pos,
es su emblema ese pañuelo.
CASIO. Harélo así, ¡vive el cielo!
Adios, alférez.
IAGO. (Dándole la mano.) Adios.

ESCENA XIV.

IAGO.

Ya mi intento logré: leves palabras,
misterioso ademan, sombras ligeras;
artículos de fe, textos sagrados,
son del celoso á la mirada inquieta.
Él de mi mente en el profundo abismo
hizo brotar la sospechosa idea,
él robó de mi alma la ventura
y la tranquilidad de mi existencia,
porque no ha de sentir el fiero dardo
que el corazon desgarra y envenena
como yo le sentí? Celos por celos,
y mujer por mujer; sigo en mi empresa.
El lienzo tiene Casio, y esa nube
hará estallar más ruda la tormenta.
El Moro ya ha bebido la ponzoña,
¡qué son, si no ponzoña, las sospechas!
*Primero nuestro ser, débil disgusto,
°ténue inquietud producen, luégo apenas
'su fuego toca nuestra sangre, ardiente
'furor nuestros sentidos enajena.
*Y como cien martillos sobre el yunque
*cean sobre el corazon, hasta que inmensa
*llama voraz sus lenguas extendiendo
*prende en el alma inextinguible hoguera.
Otelo viene. Roedor gusano
en tu mísero pecho se alimenta,
ni fuego, ni agua, ni opio, ni mandrágora
la ya perdida paz harán que vuelva,
por recobrar el sueño delicioso

en que yaciste ayer, dime, qué dieras?

ESCENA XV.

OTELO, IAGO.

OTELO. (Creyéndose solo.)
¡Infiel! ¡infiel! ¡infiel!
IAGO. Aún vuestra mente,
señor, ocupa tan terrible idea!
OTELO. ¡Apártate de mí! Tú me has clavado
dentro del alma la traidora flecha
de los celos; ¿por qué no me dejaste
vivir tranquilo en mi ventura ciega?
IAGO. ¿Estais en vos, señor?
OTELO. ¿Qué sentimiento
tenía de mi mal? ¿qué horrible pena
me atormentaba ayer? ayer, Dios mio,
atónito admiraba su belleza,
Iago; ayer no trocaba mi ventura
por el brillo imperial de cien diademas;
hoy la perfidia en sus miradas leo,
brota el engaño de su impura lengua,
y en mi tenaz delirio, en su semblante
las caricias de Casio veo impresas.
IAGO. ¡Ah señor! vuestra pena me conmueve!
OTELO. ¡Cuán feliz era ayer! ¡cuán feliz era!
tranquilidad del alma, dónde has ido!
ventura, dónde estás, dónde te encuentras?
al aliento maldito de una infame
mujer caisteis destrozadas, muertas!
Guerreros escuadrones que mi acento
vencedor arrojaba á la pelea,
sanguinarios combates, luchas bravas,
gloria inmortal, adios! adios banderas
desplegadas, indómitos corceles
que al oir del clarin la voz guerrera
apagaba el relincho poderoso
el clamor de tambores y trompetas!
Adios, noble estandarte, á cuya sombra
brotaron los laureles de la guerra,
esplendor, pompa, fausto; comitiva

del alto honor y de la gloria excelsa;
mortíferos cañones, cuyo acento
la voz tonante del Señor semeja,
nuncios de la victoria, adios por siempre;
mi mision se cumplió sobre la tierra!

IAGO. ¡Pero es posible!...

OTELO. (Con súbito furor.) ¡Miserable! escucha,
pruebas dame! la duda me envenena.

IAGO. Señor...

OTELO. (Agarrándole del brazo.)
Si tu venganza ó tu capricho
escogió por su víctima á Desdémona,
si ese claro talento y perspicacia
con que dotó tu ser naturaleza,
le empleas en mi mal, si la mentira
surge en tí, ¡desdichado! considera
que al horror de los bárbaros suplicios,
de los tormentos fieros que te esperan
por tú crímen atroz, llenos de espanto
haré que tierra y cielo se estremezcan!
(Arrójale violentamente.)

IAGO. Señor, de mi adhesion el premio es este?
esta de mi lealtad la recompensa?
permitidme, señor, que me retire:
¡que mi labio mintió! torno á Venecia.
¡Dura leccion, mas merecida! ¡oh mundo,
tú con ultrajes el cariño premias,
para tí la virtud es vil juguete,
sólo la ingratitud triunfante reina!
(Va á salir.)

OTELO. (Deteniéndole.)
No, tú tienes honor.

IAGO. Con los ingratos,
de qué vale el honor? maldita sea
honra que sólo ingratitud produce,
honra que sólo crímenes engendra.

OTELO. Mi mente se confunde y se trastorna!
si tú eres fiel, entónces no lo es ella!
¡Mil muertes la he de dar! no, no es posible
que doblez y traicion en su alma quepan!
es tan dulce, tan pura su mirada!
¡cómo pura ha de ser siendo tan pérfida!

IAGO. ¿Rogó por Casio?
OTELO. Sí!
IAGO. ¿Y os dió el pañuelo?
OTELO. No.
IAGO. ¿Y cómo si Casio audaz le ostenta?
OTELO. ¡Le tiene en su poder!
IAGO. Le ví yo mismo.
OTELO. ¡Ira del cielo!
IAGO. ¡Para qué más pruebas!
OTELO. ¡Oh! cien mil veces le daré la muerte!
derramaré la sangre de sus venas
sin piedad, una sola vida es poco
para ver mi venganza satisfecha.
Todo es cierto, no dudo ya, no dudo,
cierto su crímen, mi desdicha cierta!
Mírame, mírame... ¿ves en mi rostro
pintada de los celos la demencia?
¿ves rodando en mis ojos encendidas
las órbitas saltar? ¿ves la fiereza
con que late mi pecho? así se exhala
sin límites de mi odio la violencia!
Ira, venganza, comprimido encono,
desden profundo, bárbara soberbia,
llenad mi corazon de la ponzoña
que el sol maligno de Libia engendra;
del veneno sutil de sus serpientes,
del furor sanguinario de sus fieras!
IAGO. Conteneos, señor!
OTELO. No, sangre! sangre!
IAGO. Señor, me estremeceis; señor, prudencia!
aún vuestro corazon cambiarse puede!
OTELO. ¡Mi corazon cambiarse! no; ántes vieras
las corrientes del Ponto embravecidas
de repente torciendo su carrera!
Como ellas mi sangriento desvarío
lanzado corre sin pavor ni rienda,
mi pensamiento se desborda, y parte
sin que nada en su curso le detenga,
y en la roca fatal de la venganza,
su crímen y mi cólera se estrellan!
Lo juro, sí, lo juro, por los sacros
fulgores que en los cielos centellean!

IAGO. Mi corazon, mi brazo, mi alma, todo
os lo ofrezco, señor.

OTELO. Que Casio muera.

IAGO. Tierna amistad nos une, pero os juro
que es para mí el deber ley más suprema;
morirá.—Perdonad á vuestra esposa.

OTELO. ¡Perdonarla! jamás!

IAGO. ¡Señor!

OTELO. ¡Oh mengua!
exterminarla!

IAGO. ¡Oh Dios!

OTELO. Exterminarla!
exterminarla, Iago! Vamos fuera;
seguidme, capitan.

IAGO. Soy vuestro esclavo.

OTELO. ¡Venganza quiero!

IAGO. ¡Oh, sí, la habrá!

OTELO. ¡Sangrienta!

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Parque del palacio de Otelo: á la derecha la fachada del palacio: al fondo calle de árboles que se prolonga hasta la ciudad, cuyos edificios se distinguen á lo lejos: á la izquierda selva.

ESCENA PRIMERA.

IAGO y RODRIGO.

Iago sale del palacio y se dirige al fondo. Rodrigo sale por el fondo embozado y se dirige á Iago.

ROD. Dos palabras.
IAGO. ¿Qué quereis?
ROD. Hablaros.
IAGO. ¿Quién sois?
ROD. (Desembozándose.) Mirad.
IAGO. Rodrigo!
ROD. El mismo. Os buscaba.
IAGO. Para qué?
ROD. Me vais á dar
de vuestra aleve conducta
explicacion.
IAGO. Loco estais!
ROD. Decidme, ¿por qué razon
de mi os quisisteis burlar?

IAGO. Qué pruebas teneis?
ROD. ¿Qué pruebas?
¡pruebas me pedís? ¿hay más
que el tiempo inútil que corro
perdido tras su beldad
sin ver de correspondencia
indicio alguno ó señal?
Con oro, músicas, joyas,
su corazon conquistar
intenté, pero fué en vano,
todas mis riquezas van
á perderse en el abismo
de vuestra mano fatal;
con el oro que he gastado
pudiera un reino comprar;
¿que he obtenido en cambio? nada:
ved las pruebas, ahí están.
IAGO. Proseguid.
ROD. Ese es mi intento,
por eso os vengo á buscar.
Cansado estoy ya de ser
juguete vuestro; ó me dais
vuestra palabra cumplida
ú os mato, por Satanás!
IAGO. ¿Eso decís?
ROD. Eso digo
y eso haré, ¡lo juro!
IAGO. ¡Hay tal!
Rodrigo, venga esa mano,
brios teneis ¡voto á!...
mas de un amigo sincero
no debeis desconfiar.
Todos sus pasos seguí
por serviros.
ROD. ¿Os burlais
de mí?
IAGO. ¡Burlarme! Yo soy
amigo vuestro leal.
ROD. ¡Amigo!
IAGO. No lo dudeis,
hoy mismo os lo he de probar.
ROD. Cómo?

IAGO. Esta noche...
ROD. Esta noche...
IAGO. Rodrigo, vuestra será.
ROD. ¿Qué me estais diciendo, Iago?
es cierto? ¿podré esperar?...
IAGO. Rodrigo; gobernador
de Chipre Otelo no es ya.
ROD. Extremada es mi sorpresa!
¿á Venecia va á tornar?
IAGO. No es probable.
ROD. Pues á dónde?
IAGO. Á África!
ROD. Y pronto?
IAGO. Quizás
muy pronto; si no prolonga
su estancia en esta ciudad
un brazo firme y resuelto
y un aguzado puñal.
ROD. Ese brazo firme á punto
le teneis.
IAGO. Dónde?
ROD. Aquí está.
IAGO. Fallarán vuestros designios,
otro estorbo hay que quitar
ántes.
ROD. ¿Otro estorbo?
IAGO. Casio.
ROD. ¿Y de qué manera?
IAGO. Hay más
que asestarle por la noche
una estocada mortal?
ROD. ¿Cómo ha de ser?
IAGO. Yo os pondré
en paraje en que podais
hacerlo; por el jardin
esta noche pasará;
nosotros le aguardaremos
entre la sombra que dan
los árboles.
ROD. ¿Y Desdémona?
IAGO. Despues... despues!
ROD. Bien está,

mas no olvideis que Rodrigo
nunca supo asesinar.

IAGO. Yo os ayudaré... si es caso!

ROD. ¡Vos! que sois su amigo!

IAGO. ¡Bah!
(Repentinamente.)
Ahora partid.

ROD. ¿Qué ahora parta?
Otras pruebas no me dais?

IAGO. Qué os detiene? ¡Ea! salid
del jardin al punto.

ROD. Mas...

IAGO. ¡Teneis escrúpulos!

ROD. ¡Iago!

IAGO. Ved que llega el general.
(Váse Rodrigo por la calle de árboles. Sale Otelo del palacio, pensativo.)

ESCENA II.

IAGO y OTELO.

IAGO. ¿Aún pensais en eso?

OTELO. Sí!
turbada está mi razon,
y de la imaginacion
no se separa ¡ay de mí!
esa sospecha maldita,
esa pertinaz idea.

IAGO. Y quién sabe! tal vez sea
inocente.

OTELO. ¿Y esa cita?

IAGO. Imprudencias del amor
cuando en su demencia estalla,
que tal vez encuentran valla
en la virtud y el honor.

OTELO. ¡Ah!

IAGO. No es posible tambien
que haya consentido en dar
la cita para mostrar
al capitan su desden?

OTELO. ¡Á solas con su belleza

de la edad en el ardor!
en lucha tal, al amor
se rinde naturaleza!

IAGO. Á no ser por aquel lienzo...
OTELO. ¡El pañuelo! ya olvidaba...
IAGO. Yo, señor, pruebas no hallaba.
OTELO. ¡Y dudo! y no me convenzo!
Pensamiento tan fatal
posa en el cerebro mio
como cárabo sombrío
sobre la almena feudal.
¡Patente será mi mengua!
IAGO. Poco al capitan le importa.
OTELO. ¿Por qué?
IAGO. Su audacia no es corta,
pero es más larga su lengua.
OTELO. ¡Ha hablado! por el infierno!
IAGO. Ha hablado.
OTELO. Qué ha dicho, pues?
IAGO. Lo que no niega despues.
OTELO. ¿De qué habla?
IAGO. De su amor tierno.
OTELO. Todo el abismo reune
contra mí su odio y furor!
IAGO. No habla sólo de su amor.
OTELO. De qué?
IAGO. De una falta impune.
OTELO. Cuál es?
IAGO. No os haré el agravio
de decirla.
OTELO. ¡Me impacientas!
IAGO. Hay, señor, tales afrentas
que nunca las dice el labio.
OTELO. Miserable!... Iago!... oh!
los ahogaré, ¡vive el cielo!
esa cita... ese pañuelo...
¡ah! yo fallezco... no... no.
¡HAy más duelos! hay más penas!
¡villano! ¡infame! ¡cobarde!
¡desesperacion! se me arde
la sangre toda en las venas!
y me ahoga! y me sofoca!

¡Morirán! ¡Yo desvarío!
¡Será posible! ¡Dios mio,
piedad! ¡sus ojos! ¡su boca!
(Repentinamente.)
¿Dónde el capitan está?

IAGO. Aquí le verás muy presto;
he imaginado un pretexto.

OTELO. ¡Cómo! ¡Un pretexto!

IAGO. Y vendrá!

OTELO. ¿Por qué?

IAGO. Mi lealtad procura
daros más pruebas, señor.

OTELO. Pruebas!

IAGO. En el espesor
de esa fragosa y oscura
selva, ocultaros podeis
y sin ser visto escuchar.

OTELO. ¿Y hablará?

IAGO. Yo le haré hablar.

OTELO. Y cómo?

IAGO. Ya lo vereis.

OTELO. ¿De ella te hablará?

IACO. De ella.

OTELO. Y de su pasion impura?

IAGO. Tambien.

OTELO. ¡Tenebrosa! oscura!
es del capitan la estrella.

IAGO. ¿Qué intentais hace , señor?

OTELO. Tenderle á mis plantas muerto.

IAGO. Ved que con tal desacierto
nada logra vuestro honor.

OTELO. ¡Quién puede apagar la llama
de mi venganza mortal!

IAGO. Un espíritu infernal,
señor, vuestro pecho inflama:
dejad que caiga en el lazo
que se le tiende, despues
ya le pondrá á vuestros piés
rendido mi mismo brazo.
Apartad del peusamiento
tal idea.

OTELO. ¿Y de qué modo? ..

IAGO. Señor! Respondo de todo.
(Momento de silencio.)
¿Consentís al fin?

OTELO. Consiento.

IAGO. (Indicándole la selva.)
Pues bien. Ocultáis ahí,
y procurad que no estalle
la ira.
(Ocúltase Otelo en la selva.)
Por esa calle
de árboles se acerca, sí.
Yo de Blanca le hablaré,
de Blanca se burlará,
y Otelo imaginará
que es de Desdémona.—Á fe
á Casio Blanca sumisa
adora, y él la desprecia;
al hablar de Blanca, necia
vendrá á sus labios la risa.
¡La risa! ¡Risa fatal!
ven, dibújate en su labio,
que Otelo verá su agravio
en ti.
(Adelantándose á recibir á Casio.)
¡Capitan! ¿qué tal?

ESCENA V.

IAGO, CASIO, OTELO, oculto.

CASIO. ¡Desesperado!

IAGO. Y por qué?

CASIO. Vencer no puedo el rigor
de Otelo.

IAGO. (Alto.) Con el amor
os consolais, bien lo sé!

CASIO. (Queriendo dirigirse al palacio.)
Tengo prisa.

IAGO. (Alto.) ¿Vais á hablar
á Desdémona?

CASIO. Sí.

IAGO. Grave

compromiso!

CASIO. ¡Bah! ¿Quién sabe!
ella volverá á rogar
y ha de conseguirlo al fin.

IAGO. ¿Hace alarde de poder?
No está, no la podeis ver...
más tarde... en este jardin...

CASIO. Bien, volveré. (Se prepara á marcharse.)

IAGO. (Bajo.) (¿Y Blanca hermosa?)

CASIO. (Alto.) Ya peca de enamorada;
mas su pasion es cansada,
y su insistencia enfadosa.

IAGO. ¿Pruebas de amor os pidió?

CASIO. Sí.

IAGO. ¿Se las disteis?

CASIO. (Queriendo irse.) No á fe.

IAGO. Qué deseaba?

CASIO. No sé.

IAGO. ¿Tal vez el lienzo?

CASIO. (Sacándole.) Sí!

OTELO. (Asomándose y echando mano al puñal.)
¡Oh!

CASIO. Se enfurecía y lloraba,
y este lienzo me exigía.

IAGO. Señal, cuando os le pedía...

CASIO. ¿Qué?

IAGO. Que le necesitaba!
¡qué amor!

CASIO. ¿Amor? Ya es desvío.

IAGO. ¿Nada queda en vuestro pecho?

CASIO. (Riéndose y marchándose por el foro.)
El capricho satisfecho
la pasion torna en hastío.
¡Adios!

(Váse por el foro. Sale Otelo violentamente, Iago se interpone y le contiene.)

ESCENA VI.

OTELO, GO.

IAGO. ¿Dónde vais, señor?
Ved... mirad...
OTELO. ¡Hombre infernal!
(Saca maquinalmente el puñal.)
IAGO. ¿Qué vais á hacer, general?
OTELO. ¡Matarla!
IAGO. ¿Tendreis valor?
Reflexionad.
OTELO. Le tendré.
IAGO. ¿No cederá vuestro intento?
OTELO. Esta noche en su aposento
sin piedad la mataré.
IAGO. Yo del capitan me encargo.
OTELO. Sí, Iago!
IAGO. Esta noche...
OTELO. Sí.
IAGO. ¿Qué teneis?
OTELO. ¿Qué? frenesí!
¡qué largo el tiempo! ¡qué largo!
IAGO. Es la paciencia forzosa,
general... (Óyese un clarin.)
OTELO. Mas qué rumor...
IAGO. Llegan el embajador
de Venecia y vuestra esposa.

ESCENA VII.

LOS MISMOS, LUDOVICO, DESDÉMONA y acompañamiento.

OTELO. Salud al embajador:
¿descansásteis?
LUDOV. Descansé.
Dux y Senado os saludan,
señor, como mereceis.
Estas órdenes me han dado
para vos. (Entrégale unos papeles.)
OTELO. Las cumpliré.

LUDOV. Y yo partiré á Venecia
cuando os plazca responder.
(Á Desdémona.)
Venid, prima, ¿y Casio?
DESD. ¿Casio?
LUDOV. Me extraña no verle.
DESD. Es
que con él está irritado
porque faltó á su deber
militar, pero yo creo
que pasará.
OTELO. (Figurando que lee.) ¿Lo creeis?
DESD. ¿Qué decis?
OTELO. (Leyendo.) «Partid al punto.»
LUDOV. No habla con vos...
DESD. Yo pensé...
LUDOV. Leyendo estaba el mensaje.
¿Qué motivo puede haber
para eso?
DESD. Es cosa muy leve;
yo, primo, lo arreglaré;
y de ello estoy deseosa,
pues tengo mucho interés
por Casio!
OTELO. ¡Rayos del cielo!
DESD. ¡Ah, señor! me estremeceis!
¿qué os sucede?
OTELO. ¿Estais en vos?
DESD. ¿Por qué no he de estar?
OTELO. ¿Por qué?
¡Huye de aquí, miserable!
DESD. ¡Dios mio!
LUDOV. ¡Qué insensatez!
OTELO. (Á Desdémona.)
Idos de aquí!
LUDOV. (Á Otelo.) Está llorando!
OTELO. Idos de aqui!
LUDOV. Sois cruel!
llamadla!
OTELO. Yo? Bien! Señora!
venid! (Á Ludovico.) Aquí la teneis.
LUDOV. ¡Otelo! yo!

OTELO. Vos! Miradla!
vedla! en ella podeis ver
esa belleza tan dulce,
tan complaciente, tan fiel!
Llora... ó sonrie...
(Á Desdémona.) ¡Llorad!
llorad! pues os place!
(Á Ludovico.) Iré
á Venecia!—Vil perfidia!
—Es preciso obedecer
estas órdenes.—Salid!
—Yo cumplimiento daré
á cuanto ordenan.—Yo os mando...

LUDOV. Retirémonos.

OTELO. Tal vez
mi distraccion...

LUDOV. ¡Dios os guarde!

OTELO. (Ap.) (¡Oh, corrupcion! ¡Adios, pues!)

LUDOV. (Á Iago.)
Yo no vuelvo de mi asombro!
¿qué es esto?

IAGO. (Ap.) (Yo os lo diré.)

(Vánse Ludovico, Iago y el acompañamiento por la izquierda.—Desdémona entra en el palacio.—Al ir á seguirla Emilia, Otelo la detiene.)

ESCENA VIII.

OTELO, EMILIA.

OTELO. Vos no, esperad...

EMILIA. Yo?...

OTELO. Esperad,
digo!

EMILIA. Señor...

OTELO. Responded:
¿qué habeis observado?

EMILIA. Nada.

OTELO. No sabeis si alguna vez
se hablaron Casio y Desdémona
en voz baja?

EMILIA. No lo sé.

OTELO. No os mandaron alejar?
EMILIA. Nunca.
OTELO. Tú mientes tambien.
EMILIA. Pero...
OTELO. ¡Imposible! ¡imposible!
EMILIA. De su honra no sospecheis.
Os digo que os engañais.
OTELO. Digo que no puede ser.
EMILIA. Es incapaz vuestra esposa
de traicion y de doblez.
Si algun pensamiento indigno
os atormenta, debeis
de vuestra mente alejarle
y no pensar más en él.
Quizás un celo indiscreto
esa idea hizo nacer
en vos, y vos la acogisteis
sin reflexionarlo bien.
Juro, señor, por mi vida,
que no es vuestra esposa infiel.
Ninguna mujer es pura
si Desdémona no lo es;
ningun marido dichoso
si serlo vos no podeis.
OTELO. (Clavando en ella la mirada.)
¿Cierto?
(Repentinamente.) Decidla que venga.
(Éntrase Emilia en el palacio.)

ESCENA IX.

OTELO.

¡Qué diestra es esa mujer!
¡Con qué admirable talento
desempeña su papel!
¿Qué más puede hacer por ella?
¿Qué más? ¡qué más puede hacer!
No hay remedio, no, esta noche
de rodillas la veré
ante la Vírgen, y el cielo
la perdone.

DESD. (Saliendo.) ¿Qué quereis?

ESCENA X.

OTELO, DESDÉMONA, EMILIA.

OTELO. Venid aquí; miradme! aquí! más cerca!
más cerca aún! Miradme, amada mia!
DESD. Qué quereis ver?
OTELO. Vuestros divinos ojos;
el fuego abrasador de sus pupilas;
esos ardientes ojos que enamoran
y á los astros del cielo dan envidia.
(Con dureza.)
Levantadlos, señora, quiero verlos
con qué tranquilidad en mí se fijan!
Miradme.
DESD. ¡Me aterrais! ¿qué pensamiento
vuestra mente conturba y os fascina?
¿qué espantoso proyecto concebísteis?
OTELO. Los amantes, señora, necesitan
la soledad. (Á Emilia.)
Dejadnos! ¡Cuántas veces
en lances parecidos os dirían
lo que ahora os digo yo.—Salid, señora,
y avisadnos si alguno se aproxima.
(Con ira.)
Salid pronto. (Váse Emilia.)
DESD. Señor! á vuestras plantas
miradme; vuestro acento me intimida,
¿por qué así me tratais? ¿por qué en el rostro
la demencia y la cólera se pintan?
OTELO. ¿La razon no acertais?
DESD. No la adivino;
mi corazon, señor, no me la explica.
OTELO. Quién eres tú?
DESD. Vuestra leal esposa!
OTELO. ¡Tú mi esposa leal!
DESD. Vuestra sumisa
esclava, vuestra esposa fiel y amante.
OTELO. Ven á jurarlo, sí, júralo, impía,
y condena tu alma, porque creo

que si no... y á pesar de tu perfidia,
mirando tus facciones celestiales,
el mismo Satanás vacilaría.
Jura, y tu doble crímen te condene
para siempre jamás en la otra vida.
Dí que tus juramentos has cumplido;
jura que siempre la virtud por guía
tuviste y el honor, jura que nunca
cupo en tu pecho crímen ni mancilla.

DESD. ¡Dios lo sabe, señor!

OTELO. Ah! sí, Dios sabe
cuán villana, cuán torpe, cuán indigna
es tu alma, negra como el mismo infierno.

DESD. Señor, ¿cuál es mi culpa? ¿qué maldita
fatalidad vuestros sentidos ciega!
que yo soy criminal!

OTELO. ¡Funesto dia!

DESD. Señor!

OTELO. (Conmovido.) Vete, Desdémona.

DESD. Llorando
estais, señor, por qué? por qué la vista
apartais? ¿de qué crímen se me acusa?
¿Creeis que del gobierno de la isla
de mi padre al influjo se os despoja?
no es de mi padre accion tan poco digna,
mas si lo fuera! si su enojo aún dura,
por mi esposo á mi padre olvidaría! —

OTELO. Si el irritado cielo me anegase
en un piélago inmenso de desdichas,
y la horrible miseria me acechára,
y honor y libertad, y hasta la misma
esperanza perdiera, la paciencia
valor en mi infortunio me daría;
de mis sentidos la razon, señora,
nunca temió trabajos ni fatigas.
*¿Mas quién tolera la insultante burla?
*¿quién arrostra la irónica sonrisa?
*¿quién consiente la mofa y el desprecio
*que la deshonra y el baldon publican?
*¿Quién, Desdémona! nadie! Sin embargo,
*mi amante corazon los sufriría,
*en un inmenso mar de llanto acerbo

hundiendo las tormentas de la ira.
Pero el feliz asilo, el tabernáculo
de oro, donde mi fe se deposita;
el sacro manantial de donde brotan
los fecundos raudales de la vida,
profanado mirar, verle agotado
ó emponzoñada su corriente límpida
por el fétido fango del deseo,
por la inmunda pasion de la lascivia!
Desdémona, Desdémona! los ángeles
como me vengo yo se vengarían.

DESD. De mi virtud dudasteis?

OTELO. (Mirándola con lástima.) ¡Oh, miseria!
¡como flor solitaria estás marchita!
tú, flor tan pura, á cuyo blando aroma
era un vergel el mundo de delicias!
¿Por qué naciste, dí, por qué naciste?

DESD. Señor! si os ofendí, dejad que os pida
perdon; pero yo ignoro...

OTELO. Tú lo ignoras!
no cabe ya mayor hipocresía
ni imprudencia mayor! ¿acaso intentas
tú que mi mismo labio te lo diga,
y que el pudor que de tu pecho ha huido
huya tambien de la palabra mia?
El ángel de tu guarda avergonzado,
sus alas plega y triste se retira
maldiciéndote.

DESD. Otelo, tus injurias
no me avergüenzan.

OTELO. ¡Oh!

DESD. Pero me indignan!

OTELO. No has faltado á tu fé?

DESD. No.

OTELO. No has faltado
á las promesas que juraste un dia?

DESD. No, como soy cristiana...

OTELO. No profane
tu torpe labio...

DESD. No.

OTELO. Tú desvarías,
¿no es cierto?

DESD. Por mi alma! por mi eterna
salvacion!
OTELO. ¡Oh qué espanto! ¡me horrorizas!
tan tierno corazon y tan malvado!
DESD. No me creeis, señor? que Dios me asista!
OTELO. ¿No he de creeros? Sí, yo me engañaba;
la vista ciega, la razon perdida,
hallaba en vos la cortesana astuta,
que en Venecia, á favor de la mentira,
su casa abandonó siguiendo á Otelo,
y ántes que esposa infiel, fué mala hija.
Eso mis ojos torpes me mostraban;
eso, señora, mi razon creía.
(Viendo a Emilia que sale.)
¡Ah! sois vos! confidente misteriosa,
decidme, ¿cuánto os dan por cada cita?
el desprecio, el baldon sólo merece
quien como vos el crímen patrocina. (Váse.)

ESCENA XI.

EMILIA, DESDÉMONA.

EMILIA. ¿Qué ha dicho ese hombre, señora,
¡yo creo que deliraba!
pero ¿qué teneis? ¡Dios mio!
¿qué os sucede? ¡estais muy pálida!
DESD. ¿Ha sido un horrible sueño?
EMILIA. ¿De qué proviene su rabia?
DESD. ¿Qué?
EMILIA. ¿Por qué se irrita?
DESD. ¿Quién?
EMILIA. El general; yo esperaba
hallarle al volver, tranquilo,
sosegado!
DESD. ¡Calla! calla!
sólo puedo á tus preguntas
dar respuesta con mis lágrimas!
Pon sobre el lecho esta noche
mi traje de desposada,
y dí á tu esposo que venga,
hablarle quiero. (Váse Emilia)

La sacra
mano de Dios me condena
porque ciega, enamorada,
dejé el amor de mi padre
por el amor de mi alma.
Pero tan triste recuerdo,
reconvencion tan amarga,
partir de Otelo debieran?
no; la sospecha aunque falsa,
derecho, ménos Otelo,
tienen todos de abrigarla;
pero él ¡qué he dicho! qué he hecho!
¡cuál, Dios mio, fué mi falta!

ESCENA XII.

IAGO, EMILIA, DESDÉMONA.

IAGO. ¿Me habeis llamado, señora?
¿qué ordenais?

DESD. No me acordaba!
¡qué sé yo? Decidme, Iago,
¿no es cierto que cuando trata
de reconvenir un padre
á un hijo, son sus palabras
dulces y tiernas caricias
mezcla con las amenazas,
porque quiere castigarle,
y sin embargo, le ama!
Eso debió hacer Otelo
conmigo; si de la infancia
las armas son la flaqueza,
tengo yo acaso otras armas!

IAGO. ¿Pues qué os ha dicho?

EMILIA. Ese puro
corazon que idolatraba,
ha desgarrado con fieros
insultos y con villanas
ofensas.

IAGO. Dios nos socorra!
Y no conoceis la causa
de su furor?...

DESD. Dios lo sabe!
EMILIA. Plegue al Señor que no salgan
confirmados mis recelos
ni mis sospechas fundadas.
IAGO. ¿Pues qué creeis?
EMILIA. Que un villano
por rencor al Moro engaña,
por ambicion le alucina,
y le adula por venganza.
IAGO. No puede abortar la tierra
monstruo tal.
DESD. La soberana
piedad de Dios le perdone.
EMILIA. Yo no puedo ser tan santa,
señora; si los abismos
tan fiero monstruo abortáran,
ruego al Señor que castigue
sus intenciones malvadas,
dando su cuerpo á la horca,
dando al infierno su alma.
IAGO. Señora!
EMILIA. ¡Si yo supiera
quién es! ¡si yo adivinára
donde se oculta! tal vez
es el que con refinada
astucia os hizo dudar
de mi honor puro y sin mancha.
¡Ah villanos! ¡Ah traidores!
que se ocultan y se arrastran
en el cieno de la envidia
y de la ambicion bastarda.
IAGO. No os altereis de ese modo,
callad! (AP.) (¡Mujer insensata!)
DESD. ¡Iago! el recelo sombrío
de mi marido me espanta.
Id á buscarle, decidle
que aunque me humilla y me agravia
su desvarío perdona
el firme amor que me abrasa.
Que podrá al ciego delirio
de su terrible venganza,
el alma salir del cuerpo

pero no el amor del alma.

IAGO. Sosegaos. Aquí llega.

ESCENA XIII.

LOS MISMOS, OTELO, LUDOVICO, acompañamiento.

LUDOV. Señor, por mercedes tantas
reconocido os estoy,
no permito que á mi estancia
me acompañeis.

OTELO. No, dejadme.
Viento corre de borrasca
que refresca mi cabeza.
(Óyese á lo lejos ruido de tempestad.)

LUDOV. Negra tempestad avanza,
retiraos, que ya es tarde.
Adios, prima, hasta mañana!
(Éntrase en el palacio con su acompañamiento.)

OTELO. Desdémona?

DESD. ¿Qué ordenais?

OTELO. Subid.

DESD. Señor!

OTELO. Sin tardanza!
No os acosteis. Esperadme,
voy al punto; que no haya
nadie en vuestro cuarto, ¿oís?

DESD. Muy bien, señor.

OTELO. No hagais falta.
(Vánse Desdémona y Emilia por el palacio. La tempestad va creciendo hasta el fin del acto.)

ESCENA XIV.

OTELO, IAGO, despues RODRIGO, luégo CASIO.

OTELO. Tormenta que en el espacio
retumbas sorda y lejana
y el rayo que da la muerte
dentro de tu seno guardas,
como tú en mi corazon
sordas tempestades braman.

tambien oculta mi seno
el rayo de la venganza!
Iago!

IAGO. ¿Qué mandais?

OTELO. La hora
se aproxima.—¿No oyes nada.

IAGO. Pasos siento.

OTELO. Será Casio?

IAGO. Tal vez!

OTELO. Muera pues. (Relámpago.)

IAGO. Se engaña
vuestra impaciencia.

OTELO. ¿Quién es?

IAGO. Rodrigo.

OTELO. ¿Qué quiere?

IAGO. Trata
de ayudarnos.

(Otelo se oculta en la selva. Rodrigo se oculta)

Quién va?

ROD. Iago!

IAGO. ¿Rodrigo sois? Esas tapias
os guarezcan. Cuando pase
sacad sin temor la espada
y hundidla en su corazon.

ROD. ¿Creeis que vendrá?

IAGO. Ya tarda;
¿estais contento?

ROD. No mucho;
veo que hay razones hartas
para abrigar en el pecho
recelo y desconfianza.

IAGO. Id á vuestro puesto.

(Rodrigo se oculta detrás de las tapias del palacio.)

Tanto
he envenenado la llaga
de su corazon, que Otelo
no duda: la hora es llegada.
Ó Rodrigo mata á Casio
ó Casio á Rodrigo mata;
de cualquier modo me libro
ó de un rival que me ultraja
ó de un acreedor que cuentas

vendrá á pedirme mañana.—
¡Ah! la muerte de los dos
mis esperanzas colmára:
veremos quién sobrevive
y de él mi brazo se encarga.

(Embózase y se dirige al proscenio. Un violento relámpago ilumina el rostro de Casio, que acaba de entrar en el jardin. Rodrigo se precipita sobre él y le tira una estocada. Casio para el golpe con el brazo y acomete á Rodrigo espada en mano.)

ROD. ¡Aquí está! ¡Muere traidor!

CASIO. ¡Alevosía villana!
¡Pide á los cielos que tengan
piedad de tu vida y tu alma!

(Casio arrincona á Rodrigo y le tiende muerto de una estocada. Rodrigo cae fuera de la escena.)

ROD. ¡Ah! muerto soy!

(Iago ha desenvainado su espada, y á tientas y arrastrándose se aproxima á donde oye el ruido de los aceros; al escuchar la voz de Rodrigo tira una estocada, hiere á Casio, y huye. Casio cae.)

CASIO. ¡Asesinos!

OTELO. (Sale de la selva.) Ha cumplido su palabra
Iago. (Acercándose.) Sí, este es Casio! ¡Muerto!
Ahora... Desdémona falta!
¡Desdémona! si le vieras,
si á ese balcon te asomáras,
si vieras su sangre vil
por la tierra derramada.
Espérame, tierna esposa,
espérame! mujer casta;
irás con él á juntarte
ántes que despunte el alba.

(Relámpago, trueno. Desenvainando el puñal.)

¡Ruge borrasca sombría!
tempestad violenta, brama!

(Lánzase al palacio y penetra en él con el puñal desenvainado.)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Habitacion de Desdémona. Al fondo puerta de la alcoba con el lecho. Puerta derecha. Ventana izquierda.

ESCENA PRIMERA.

DESDÉMONA, EMILIA.

EMILIA. ¿Estais más tranquila? Sí,
su delirio ya ha pasado,
y el general os ha hablado
de otra manera.
DESD. ¡Ay de mí!
EMILIA. Más en calma su razon
y la faz ménos airada.
DESD. ¡Ay! No siempre en la mirada
se refleja el corazon.
¿Sabes qué me ha dicho?
EMILIA. Qué?
DESD. Que á mi habitacion subiera
y sola en ella estuviera.
¡Yo tiemblo!
EMILIA. Por qué?
DESD. No sé.
EMILIA. ¿Que estuvierais sola?
DESD. Sí;

no quiero desagradarle,
y voy, Emilia, á esperarle
sola.

EMILIA. ¡Sola!

DESD. Sal de aquí;
la órden de mi marido
cumpliré, déjame ahora,
déjame, Emilia!

EMILIA. Señora!
¿por qué le habeis conocido!

DESD. ¿Por qué? manantial de bienes
fué su amor del pecho mio,
amo su genio sombrío,
adoro hasta sus desdenes;
le amo con tanta pasion,
que encuentran en sus enojos
ruda belleza mis ojos
y encanto mi corazon.

EMILIA. Teneis el traje de boda
sobre el lecho. (*Va á retirarse.*)

DESD. Bien está!
(*Llorando.*)
¡Padre mio!

EMILIA. ¿Llorais?

DESD. Ah!
todo tu quebranto, toda
tu pena renace en mí,
tu cariño abandoné,
de tus brazos me aranqué,
¡padre! ¡qué insensata fuí!

EMILIA. ¿Qué vais á hacer con el traje
de boda?

DESD. Emilia, si muero
ántes que tú, quiero... quiero
que con él se me amortaje.

EMILIA. ¡Cielos! ¿perdeis la razon?

DESD. Deseo al sepulcro frio
ir con él.
(*Llorando.*) ¡Oh, padre mio!
padre de mi corazon!

EMILIA. No lloreis.

DESD. Su ancianidad

en mí su dicha cifraba.
(Pensativa.)
¡Pobre Raquel, pobre esclava,
no te sirvió tu beldad!

EMILIA. ¡Ah, señora, vuestra acerba
pena cese.

DESD. Emilia mia,
siempre á su lado tenía
mi madre á la pobre sierva.
Presa fué de un amor loco
y su amante la engañó;
abandonada vivió...

EMILIA. Vivió?

DESD. Sí, pero muy poco.
Lentamente su tormento
la acabó, ¡cuánto ha sufrido!
me parece que á mi oido
llega su doliente acento.
Oigo su triste cancion,
su lamento doloroso,
cancion de un sauce lloroso
y de una fatal pasion.
¡Ah! la sierva conocía
que el aliento le faltaba,
y aún la pobre murmuraba
su cancion en la agonía.
Esa cancion y esa historia
no puedo dar al olvido,
pienso en ellas, se han asido
tenaces á mi memoria.
Como en la tumba la ví
por su amor perdido, muerta,
así estoy mirando abierta
otra tumba para mí.

EMILIA. (Ap.) (Distraigámosla!)
(Alto.) Galan
es vuestro primo.

DESD. Y muy rico,
prendas tiene Ludovico
que alto concepto le dan
en Venecia.

EMILIA. Sí, y yo sé

de dama que tanto le ama,
que iría por él la dama
al Santo Sepulcro á pié.
(Comienza la música en sordina durante la cancion del sauce.)

DESD. (Pensativa, recitado y á compas de la música.)
Bajo las hojas que el sauce inclina,
la pobre esclava se arrodilló;
con vivo anhelo
suspira y ora;
alza sus tristes ojos al cielo,
porque su pena
devoradora
su pecho llena
de hondo martirio, fiero dolor.
Por llano y selva, por monte y prado
de su gemido
vaga el rumor.
¡Su amante es ido!
la abandonó,
¡ay del perdido!
¡ay malogrado
cariño tierno, profundo amor!
Cantad al sauce, que se desmaya
de sus lamentos al triste son;
cantad al sauce, que tambien llora
cual lloro yo!

EMILIA. Quisiera quedarme aquí
esta noche.

DESD. *El tronco baña del árbol fúnebre*
un arroyuelo murmurador,
con vivo anhelo
la sierva llora,
baja sus tristes ojos al suelo
porque su pena
devoradora
su pecho llena
de hondo martirio, fiero dolor
Ya de su llanto brota la fuente,
ya sobre el cauce
se derramó,
ya la corriente

le arrebató,
mientras el sauce
dobla su frente
sobre aquel tierno llanto de amor.
Cantad al sauce, que se desmaya
de sus lamentos al triste son;
cantad al sauce, que tambien llora
cual lloro yo.

EMILIA. ¿Qué os parece?
DESD. ¿Qué dices?
EMILIA. (Ap.) (¡Ah! me estremece!)
DESD. ¡Ya viene! ya viene! sí.
Partió el ingrato...
No es esto, mi pensamiento
se confunde... y... (Truenos.) ¿no has oido?
han llamado.
EMILIA. Es el rugido
de la tempestad y el viento.
DESD. Una pena sobrehumana
que apartar de mí no puedo
me aflige—ven—tengo miedo.
(Una violenta ráfaga abre la ventana. Desdémona da un grito.)
¡Ah! ¿quién abre esa ventana?
EMILIA. Es, señora, el vendabal
furioso que corre. (La cierra.)
DESD. Sí;
vete, yo me quedo aquí
esperándole.—¡Qué mal
esa luz me causa!—Siento
ardientes como una hoguera
los ojos, llorar quisiera!
Si será un presentimiento,
de qué he de llorar?
EMILIA. Señora,
¿por qué esa idea sombría?
DESD. No sabes, Emilia mia,
el peso que siento ahora
en el corazon! (Momento de silencio.)
¡Y qué!
hay mujeres sin virtud
que llevan la ingratitud

hasta quebrantar la fé
que juraron!

EMILIA. Las hay.

DEED. ¡Oh!
ese es un crímen horrible.

EMILIA. Pero cierto.

DESD. Es imposible,
no puedo creerlo, no.
Ese es un pecado inmundo,
una infame alevosía,
yo á mi fé no faltaría,
Emilia, por todo un mundo.

EMILIA. Ya lo sé.

DESD. ¿Tú cierta estás?
esas mujeres existen?

EMILIA. Señora, las que resisten..

DESD. No: no quiero saber más;
calla!... pero aquí las dos...
vete.

EMILIA. ¿No quereis que aguarde?

DESD. No: vete, Emilia, ya es tarde.

EMILIA. ¡Guardeos el cielo! (Váse.)

DESD. (Tomando un libro.) ¡Gran Dios!
De ese loco frenesí
que nunca conozca el mal,
tu proteccion inmortal
no apartes, Señor, de mí.
(Quédase un rato pensativa, despues reza en el libro
¡Qué noche tan espantosa!
el viento soberbio brama,
y esa moribunda llama
esparce una luz dudosa.
Tal vez porvenir risueño
me espera... sí... cesará
su desden... mi amor... Ya va
apoderándose el sueño
de mí... ¿Por qué su desvío...
cuando yo... en su amor... me inflamo...
si supieras... cuánto te amo...
si tú... Otelo... Otelo mio!
(Quédase dormida.—La tempestad continúa; la lámpara se apaga; queda el teatro un momento á oscu-

ras.—Ábrese una puerta secreta al fondo y aparece Otelo con una lámpara en la mano.)

ESCENA II.

OTELO, DESDÉMONA.

OTELO. Por eso es, alma mía, [1] tú conoces
la verdadera causa que me incita
al sacrificio; y pues la apruebas, debo
aprobarla tambien; con hondas voces
la implacable razon tenaz me grita,
pero ¡ay! á obedecerla no me atrevo!
¡Yo derramar su sangre! de aquel astro
apagar el destello que aún fulgura
sobre esta triste vida en que me arrastro,
y convertir su mágica hermosura
en una yerta estátua de alabastro
téndida en la marmórea sepultura.
(Deja la lámpara sobre una mesa, y echa el cerrojo de la puerta por donde partió Emilia.)
¡Es fuerza, morirá: mi deber fiero
sabré cumplir; pues me vendió, no quiero
que á otro venda despues; de mi existencia
se aproxima el aliento postrimero;
de Dios á la presencia
llegaremos los dos, y estremecida
oirá y temblando su fatal sentencia!
—Apagaré esta lámpara; su vida
apagaré despues!... ¡Oh luz brillante!
mi voluntad te extingue, y extinguida
para que puedas recobrar tu fuego,
sólo mi voluntad, sólo es bastante;
mas si llega á apagarse tu luz pura,
¿quién puede encender luégo
el siempre muerto sol de tu hermosura?
¡El destino lo quiso! una maldita
mano toca la planta, la flor toma,
y la inocente flor queda marchita!

---

[1] It is the cause, it is the cause, my soul.

aún puedo yo aspirar su blando aroma!
(Dala un beso en la frente.)
Tu suave tez, tu frente nacarada,
tu labio perfumado
en bálsamo dulcísimo bañado
de la justicia romperá la espada!
¡Otro beso! ¡otro!... el último! la impía
fatalidad al exterminio invoca,
la muerte fiera mi pasion te envia,
y el dulce beso de mi amante boca
es el nuncio fatal de tu agonía.
(Rompe á llorar.)
Necesito llorar!
(Sosegándose.) Mi triste duelo
se alivia; voluntad, no estés incierta;
castigo y amo, cual castiga el cielo,
y ama!... de Dios á la justicia apelo.
Su brazo soy.
(Llegándose al sofá y despertándola.)
Desdémona! despierta!

DESD. ¡Otelo! vos! sois vos?

OTELO. Yo soy.

DESD. Otelo!

OTELO. Yo soy.
(Sentándose, sin mirarla y con dulzura.)
¿Habeis rezado,
Desdémona?

DESD. Sí.

OTELO. Bien. Y vuestra vida
no tiene mancha ó sombra de pecado
del que no esteis aún arrepentida?

DESD. ¿Qué me quereis decir? no sé...

OTELO. Del cielo
si algun crímen abruma la conciencia,
el perdon implorad, señora!

DESD. ¡Otelo!

OTEL. Y que el cielo os otorgue su indulgencia.
(Levantándose)
Aquí os espero, preparaos os digo.

DESD. Me aterra vuestra calma!

OTELO. Digno es el crímen de mayor castigo,
pero no quiero yo que muera el alma.

DESD. ¿Hablais de crímen y de muerte? Creo,
espero... que yo... no...

OTELO. Lo crees?... lo esperas?

DESD. ¡Sálveme Dios!

OTELO. Amen; es mi deseo. [1]

---

1 En la representacion se dice:

DESD. Sálveme Dios!

OTELO. Es ese mi deseo.

Pero en la obra inglesa

Amen! with all my heart.

Tiempo llegará en que se pueda pronunciar en la escena esta palabra sacramental que Shakspeare ha puesto con señalada intencion en boca del Moro.—Otelo es un ferviente cristiano, así lo demuestran muchos rasgos de su carácter; en esta escena se considera el ejecutor de su invariable resolucion: desde el verso

Yet she must die, else she'll betray more men!

¡Es fuerza! morirá..................
pues me vendió, no quiero
que á otro venda despues.

Desde este momento se cree un pontífice, un sacrificador que solamente puede conceder á la víctima el tiempo necesario para su última oracion; Otelo guarda en su corazon tesoros de fe y de amor.—Unas veces dice:

I would not kill thy soul.

«Pero no quiero yo que muera el alma.»

Otras:

This sorrow's heavenly, it strikes, where it dath love.

«Castigo y amo, cual castiga el cielo y ama.»

Tan lleno está de fe, tan convencido de que su crímen la condena, que

«No ha de lograr el llanto ó juramento
que falte á mi deber!... por el tormento
sin fin que las entrañas me devora.»

Todo es en él fervor religioso tan ardiente como su amor.—Estos rasgos preparan á un público atento y reflexivo á que escuche como expresion del último deseo la palabra final de toda oracion, con la que los cristianos identifican y unen sus ruegos, última palabra que concede á aquella mujer cri-

DESD. ¿Por qué, señor, vuestras miradas fieras
se fijan sobre mí? ¿por qué los ojos
revolveis, y siniestros y sombríos
indicios dan de cólera y enojos?
¿Qué os he hecho yo? los pensamientos mios
todos sabeis, señor; no están vedados
para vos los secretos de mi mente,
vos teneis de mi pecho los candados;
debo tranquila estar, soy inocente;
y no obstante los golpes reiterados
del corazon estremecido, oprimen
mi pecho, y tiemblo!

OTELO. Piensa en tus pecados!

DESD. ¡Mis pecados! amaros es mi crímen.

OTELO. Tú amor!

DESD. Como él Otelo no se halla
en alma de mujer.

OTELO. Ah! calla! calla!
por ese crímen mueres.

DESD. Con agravios
de mi pasion el delirante exceso
premiais, señor! ¿y me matais por eso?
¡morir por mucho amor! Pero los labios
os mordeis y callais! Estremecido,
con ímpetu violento
va vuestro desbordado pensamiento
por la ciega demencia conducido.
¡Ah, señor! ¡ah, señor! tan fuerte lucha
no puedo resistir.

OTELO. Siéntate.—Escucha.

DESD. (Sentada.)
Ya os escucho, señor.

OTELO. Aquel pañuelo,
don de mi madre, don de mis amores,
le has entregado á Casio.

DESD. Por el cielo,
no es verdad!

---

minal, á quien no puede perdonar en esta vida, pero por la que ruega á Dios que la absuelva en la otra.

(Nota del conde Alfredo de Vigny.)

OTELO. ¿No es verdad! á los horrores
de ese amor insensato en que delira
tu alma por los hados condenada,
añades ¡desdichada!
el execrable horror de la mentira!
¡Cuán tarde á conocerte
llegué!

DESD. No es cierto.

OTELO. Mira,
en el tálamo aquel está la muerte;
no perjures!

DESD. ¡Dios mio!

OTELO. ¡Cómo tiemblas ahora!
¡cuál se retrata tu perjuro impío
en tu faz; no lo niegues, no, traidora;
¿y qué importa que niegues? jura ó llora;
no ha de lograr el llanto ó juramento
que falte á mi deber; ¡por el tormento
sin fin que las entrañas me devora!
Vas á morir!

DESD. Piedad ¡Dios soberano!
piedad, Otelo! El sentimiento humano
de la amistad al capitan me ha unido;
mas con liviano amor ni torpe dolo
jamás, jamás, señor, os he ofendido;
importuna con vos por él he sido,
sólo por gratitud, por piedad sólo!
¿Qué hallais en esto, Otelo, que os ofenda?
¿ocasion procuré? ¿le he dado prenda?

OTELO. ¡Prenda! ¡prenda! ¡oh furor! esa palabra
torna mi corazon como el acero;
¿dónde hay atrevimiento más villano!
Al cielo pide que sus puertas te abra,
que llega el instante postrimero
de tu existencia.—El lienzo ví en su mano!

DESD. ¡Vos! le ha hallado tal vez! Señor, llamadle,
él os explicará...

OTELO. ¡Desventurada!
que mi honor ofendió dijo su labio.

DESD. ¡Miente! no os detengais, partid, buscadle,
no me hará en mi presencia tal agravio.

OTELO. Es inútil; su boca está cerrada

para siempre, Desdémona; sus ojos
apagados; su sangre congelada;
ya no hay de él sino míseros despojos!

DESD. ¡Ah! mi terror lo explica! ¡Ha muerto!

OTELO. Ha muerto
por su maldad, por la venganza mia;
y aunque saliera del sepulcro abierto,
otra vez y otras mil le mataría.

DESD. ¡Infeliz! le han vendido! (Llorando.)

OTELO. (Con gran furor.) ¡Haces alarde
de tu pena ante mí! ¡Le lloras!

DESD. (Aterrada y huyendo.) ¡Cielo!
no me mateis!

OTELO. (Cogiéndola de un brazo.)
¡Infame! infame!

DESD. ¡Otelo,
sólo un dia! una hora!...

OTELO. No: ya es tarde!
(Arrástrala al lecho y desaparece con ella, ocultando la accion el cortinaje, que queda cerrado.)

ESCENA III.

LOS MISMOS, EMILIA.

EMILIA. (Fuera.)
Abrid pronto, abrid, señor.

OTELO. (Sale con la vista extraviada y vacilante.)
¡Llaman! ¡vengarme logré!
¡venganza! justicia fué.
Sin mancha queda mi honor.

EMILIA. ¡Abrid!

OTELO. Llaman á esa puerta!
¡ah! respira todavía...
no, no, Desdémona mia!
¡pobre Desdémona! ¡muerta!
¡muerta! ¡cumplí mi deber!
Es Emilia! ¡quiere entrar!
¡quiere á mi mujer hablar!
pero... ¡tengo yo mujer!
Desdémona! estaba escrito!
la maté... no me arrepiento...

¡oh funesto pensamiento!
¡dia maldito! maldito!
¿Por qué no se arden los mundos
al fuego de las centellas?
¿Por qué no caen las estrellas
en los abismos profundos!
(Corre las cortinas del lecho y abre á Emilia.)

EMILIA. Rodrigo ha muerto, señor,
su cadáver...

OTELO. Basta ya!

EMILIA. Casio vive!

OTELO. (Con ira.) Vive!

DESD. (Desde el lecho con voz apagada.) ¡Ah!

EMILIA. ¡Qué grito!

OTELO. ¡Un grito!

OTELO. (Descorriendo las cortinas del lecho.) Qué horror
Desdémona!

DESD. (Con voz desfallecida.) Injustamente...
asesinada...

EMILIA. Fué el Moro?...

DESD. No... fuí... yo!... dí... que le adoro,
dile... que muero... inocente. (Espira.)

OTELO. ¡Qué ha dicho! ¡que yo no fuí!

EMILIA. Sí.

OTELO. ¡Eso ha dicho! la inspira
Satanás! miente! mentira!
yo he sido! yo he sido, sí!

EMILIA. ¿Por qué?

OTELO. Á su deber infiel...

EMILIA. ¡Ella!

OTELO. Mi honor ha vendido.

EMILIA. ¿Quién lo dice?

OTELO. Tu marido.

EMILIA. ¿Y qué imaginais que es él!

OTELO. ¡Qué es! ¡qué es!

EMILIA. Le creía!...
imbécil!

OTELO. (Echando mano á la espada.) ¡Por Belcebú!

EMILIA. (Dejando caer las cortinas del lecho.)
Cuándo has merecido tú
el amor que te tenia!
Fálteme el cielo divino

si á denunciarte no corro,
(Se dirige á la puerta y grita.)
¡Favor! socorro! socorro!
el Moro es un asesino.

ESCENA VI.

LOS MISMOS, LUDOVICO, IAGO, CASIO, que se queda detrás, acompañamiento.

EMILIA. ¡Ah Iago! ¿sois vos? Venid
que á tiempo llegais, señor.
¡Os acuso de impostor!
Mis palabras desmentid.
Mirad.
(Descorre las cortinas del lecho.)
TODOS. ¡Oh crímen!
IAGO. (Ap. á Emilia.) (¡Oh cielo!
Señora! silencio!)
EMILIA. No!
Iago! Iago la mató.
él me arrebató el pañuelo.
OTELO. ¿Qué decís?
IAGO. Calla!
OTELO. Habla!
EMILIA. Sí...
se perdió... yo le encontré.
me lo quitó... yo no sé,
no sé cómo se le dí.
OTELO. (Absorto.) Desdémona! y yo!... ¡oh destino!
mi mano! mi mano impía!
(Arrojándose en el lecho.)
¡Esposa mia! ¡alma mia!
yo soy!... yo soy tu asesino!
Vuelve en tí! en tu corazon
tesoros de amor escondes,
Desdémona! no respondes!
háblame por compasion.
Abre esos ojos, destellos
de tu amor casto y purísimo;
embriágame en el dulcísimo
aroma de tus cabellos.
Llorando estoy á tus piés

mi corazon desgarrando;
¿no me ves que estoy llorando?
dí, ¿no me ves? ¿no me ves?

EMILIA. Llora, sí, Moro feroz,
llora en su lecho de muerte,
porque aunque no se despierte
al sonido de tu voz,
hasta el fin de tu existencia
serán sus yertos despojos
espanto para tus ojos,
fantasma de tu conciencia.
(Otelo se levanta aterrado con las palabras de Emilia, va andando hácia atrás y acercándose á Iago sin verle.)
Del cielo la maldicion
implacable te persiga!
(Arrójase sobre el cuerpo de Desdémona.)
¡Desdémona! tierna amiga!

OTELO. ¡Se extravía mi razon!
(Volviendo la vista tropieza con Iago.)
¡Iago! ¡Iago! ¡miserable!
¡miserable!

LUDOV. Qué locura!

OTELO. ¿Te has creido por ventura
invencible! invulnerable!
(Precipítase sobre él puñal en mano, pero le detiene Ludovico y los que la acompañan.)
Dejadme! al cielo le plugo
que le mate!

LUDOV. Morirá.

OTELO. ¡Morir! ¿y cómo será?

LUDOV. Por la mano del verdugo.
(Al acompañamiento.)
¡Llevadle!

OTELO. Esperad... no sé...
yo deseo ántes que muera...
¿Por qué esa venganza fiera?
dí, monstruo, por qué? por qué!

IAGO. ¿Por qué? nunca sabreis nada;
contentaos con mi vida;
si la mia está perdida,
la vuestra... desesperada!

Vamos! (Se le llevan.)

OTELO. Vamos!

LUDOV. (Deteniéndole.) ¿Dónde?

OTELO. Siento
que á la suerte no le plugo
hacerme... hacerme verdugo
para aplicarle el tormento.

LUDOV. Cómo!

OTELO. No le habría igual
al suyo!
(Siguiendo con la vista á Iago, ve á Casio.)
¡Casio! ¡ay de mí!

CASIO. Señor, ¿en qué os ofendí?
¿que os hice yo, general?

OTELO. Dadme los brazos! (Casio le abraza.)
(Llorando.) ¡Oh Dios!
¡Casio!

CASIO. Calmad vuestro duelo.

OTELO. ¡Casio!

LUDOV. Y en Venecia, Otelo,
¿qué van á decir de vos?

OTELO. ¿En Venecia?
(Comienza el extravio de su imaginacion.)
Sí... Escribid
al Dux... y si me desprecia,
id, Ludovico, á Venecia
y lo que visteis decid.
Decidle que tengo honor;
que quitármele quería
de una mujer la falsía...
¡no! que fué mortal mi error!
Que la maté! ¡qué es matar!
con toda mi alma la adoro;
¡ay! sí, yo que nunca lloro,
hoy no hago mas que llorar.
Que muerto mi honor creí;
que mi muerto honor vengué,
y que el puñal la clavé
en el corazon... (Clávasele.) ¡Así!
(Cae muerto.—Telon rápido.)

FIN.

Examinado este drama, no hallo inconveniente en que su representacion se autorice.
Madrid 9 *de Diciembre de* 1867.

El censor de Teatros,

NARCISO S. SERRA.

OBRAS DRAMÁTICAS DEL MISMO AUTOR.

EL TUNDIDOR DE MAYORCA, d. o. 4 a. v.

EL HIJO DE LA TEMPESTAD, d. a. 5 a. p., en colaboracion con D. Ventura de la Vega.

EL CRIMINAL POR HONOR, d. t. 5 a. p., en colaboracion con D. Francisco Zea.

CONDE, MINISTRO Y LACAYO, d. a. 4 a. v.

EL GÉNIO CONTRA EL PODER Ó EL BACHILLER DE SALAMANCA, c. a. 4 a. v.

LA MOZA DE MESON, c. o. 3 a. v., en colaboracion con D. Francisco Zea.

EL CONDE DE MONTECRISTO, d. 4 a. p., escrito con presencia de la novela de A. Dumas, en colaboracion con D. Victor Balaguer.

ULISES, t. t. 5 a. v.

LOS ESTUDIANTES DE MADRID, d. a. 5 a. p.

LA ABUELA, d. a. 4 a. p., en colaboracion con D. Antonio Rotondo.

DON FELIPE, c. a. 4 a. p.

EL JUEZ INVISIBLE, c. i. 1 a. v.

JUSTICIA Y NO POR MI CASA, c. i. 1 a. v.

LOS MUEBLES DE DON TOMÁS, c. a. 1 a. p.

DOBLE CORONA, d. o. 3 a. v.

SHÉRIDAN, c. i. 3 a. v.

OTELO, EL MORO DE VENECIA, d. 4 a. v., escrito con presencia de la obra de W. Shakspeare.

DOÑA INÉS DE CASTRO, d. 3 a. o. v.

BARBA AZUL, o. 4 a. p, en colaboracion con D. Antonio Hurtado.

		TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Parte que corresponde á la Galería.
3	3	Con la música á otra parte...	2	Vital Aza..........	Todo.
6	5	Dime con quien andas—p. o. v	2	D. R. Lopez del Rio....	»
6	3	Dos horas de angustia—c. o. v.	2	E. Navarro Gonzalvo.	»
6	5	El caballo blanco—j. a. p.....	2	M. Pina Domínguez.	»
7	2	El dinero en la mano—j. a. p.	2	M. Pina Domínguez..	»
7	3	El equilibrio Europeo.......	2	Sres. S. Cast. y G. de Cádiz	»
5	2	Llovido del cielo—c. o. v....	2	D. Vital Aza..........	»
5	4	Los dedos huéspedes—j. a. p..	2	J. M. Anguita.......	»
»	»	Jugar á la política............	2	Ildefonso Valdivia...	»
5	3	Próspero y Vicente...........	2	R. Lopez del Rio....	»
3	4	Razon de estado—j. o. v.....	2	Eduardo Bustillo....	»
6	3	Sr. Don Lino Guerrero, Madrid	2	Julian Sanchez.....	»
2	1	Amor y amor propio.........	3	Fuentes y Alcon....	»
6	3	El anillo del soldado.........	3	Luis Abarzuza......	»
10	1	El lego de San Francisco......	3	J. Mota y Gonzalez..	»
5	2	El noveno mandamiento-c. o. p	3	M. Ramos Carrion..	»
5	2	El nudo Gordiano—d. o. v. ..	3	Eugenio Sellés......	»
5	2	El ramo de flores....... ...	3	Sres. Pacheco y M. Godino	»
6	2	El rosario de mi abuela.	3	D. J. G. de Lima,......	»
6	2	Escupir al cielo—d. o. v.....	3	A. Lopez Muñoz....	»
10	2	Honor sin honra—d. o. v.....	3	A. F. de la Serna...	»
3	2	La novela del amor—c. o. p...	3	Valentin Gomez.....	»
6	3	La opinion pública—d. o. v..	3	Leopoldo Cano......	»
4	4	La tabla de salvacion—c. a. p.	3	Sres. Coello y Herrero..	»
9	4	Las penas del purgatorio-c. a. p	3	José Fuentes.......	$^1/_2$
4	3	Saldo de cuentas—c. o. v....	3	Echev.ª y Santivañes.	»
3	3	Torcer el camino—j. o. v....	3	D. R. Martinez Aparicio	»
7	3	Un árbol torcido—c. a. p.....	3	Venancio Magin.....	»
2	3	Vivir muriendo..............	3	José Sanchez Arjona.	»
6	1	Cruz y corona—d. o. v.......	4	José G. de Cabiedes..	»

ZARZUELAS.

5	1	Camoens—d. o. v...........	1	Sres. Zapata y Marqués.	L. y M.
4	2	Celos, veneno y suegra.......	1	D. José Olier..........	L.
2	3	El lucero del alba...........	1	Mariano Pina.......	L.
		En la calle de Toledo........	1	Sres. B. de Cortes.......	L.
3	2	Entre dos tios...............	1	D. Enrique Segovia....	L.
2	2	La salsa de Aniceta..........	1	Angel Rubio.......	M.
»	»	La venta del Pillo, *tonadilla*..	1	Sres. Est., Chueca y Valv.	L. y M.
		Los dos cazadores...........	1	D. Ricardo Caballero...	L.
4	3	Lucrecia....................	1	L. T. Pastor y Rubio y Espino.......	L. y M.
5	2	Perdigon en Hamburgo......	1	Leandro T. Pastor...	L.
5	6	El diablo en la Abadía.......	2	A. Almela.........	L.
»	»	Espiridion en Vulcano.......	2	Pastor y Hernandez.	L. y $^1/_2$ M.
6	3	Historias y cuentos,.........	2	Pina Dom. y Rubio...	L. y M.
5	2 c.	El anillo de hierro—d. o. v....	3	Zapata y Marqués...	L. y M.
4	3 c.	El campanero de Begoña.....	3	Pina y Breton......	L. y M.
		La banda del rey............	3	D. José Casares........	$^1/_2$ M.
8	4	Las dos Princesas...........	3	Sres. Ramos y Pina....	L.
		¡Vivan las caenas!..........	3	D. José Rogel.........	M.

NOTA.—Ha dejado de pertenecer á esta Galería, la comedia en un acto titulada *Una chica alemana*, la música de la de tres actos *La fiesta del hogar* y el libreto de las zarzuelas *Juana, Juanita y Juanilla* y *Sobre ascuas*.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de *La Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas; de *D. J. A. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo; de *M. Murillo*, calle de Alcalá, y de *S. Calleja*, calle de la Paz.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion* acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.